

107.

R. 141.237

ORACIONES FÚNEBRES

QUE

EN LAS REALES EXEQUIAS

DE LOS REYES CATOLICOS

D.^o CARLOS IV.^o Y D.^a MARIA LUISA

DE BORBON Y BORBON

CELEBRADAS

POR LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE LA CORUÑA

EN LOS DIAS 10, 11, 12 Y 14 DE MAYO DE 1819

DIXO

*DON JOSE GOYOS IGLESIAS,
Capellan Párroco por S. M. del 4.^o Regimiento del
Real Cuerpo de Artillería, y actual Director
de la Inclusa de la misma Ciudad.*



De orden del Ilustre Ayuntamiento de esta M. N. y M. L. Ciudad
IMPRESA DE IGUERETA.

Vidi ego nec dignus tanta ad preconia testis.

PRIMERA

ORACION PANEGÍRICO FÚNEBRE

QUE

EN LAS REALES EXEQUIAS

DE LA REYNA CATÓLICA

D.^a MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON

CELEBRADAS

POR LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE LA CORUÑA

EN LOS DIAS 10 Y 11 DE MAYO DE 1819

DIXO

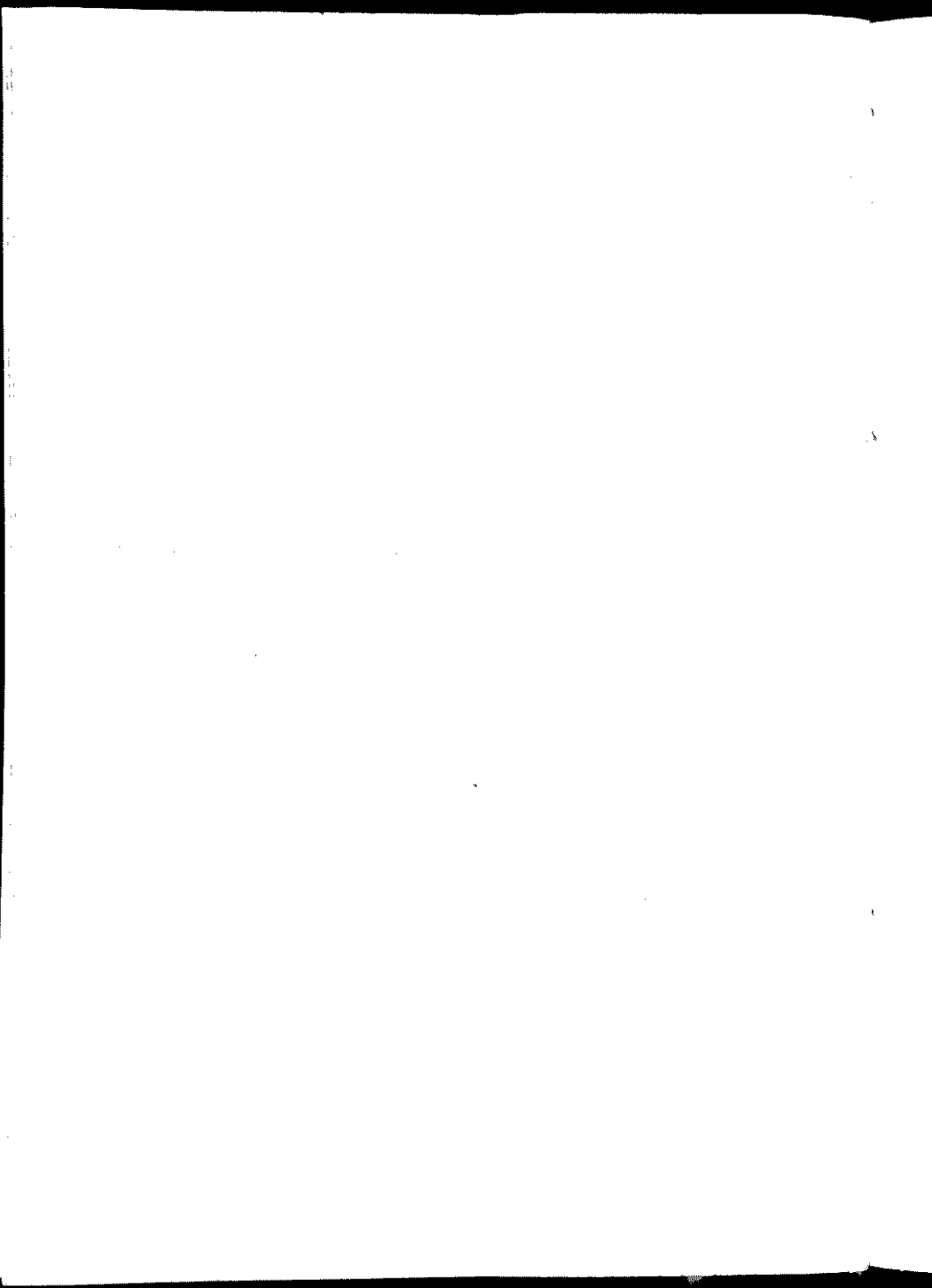
DON JOSE GOYOS IGLESIAS,

Capellan Párroco por S. M. del 4.^o Regimiento del

Real Cuerpo de Artillería, y actual Director

de la Inclusa de la misma Ciudad.







Mulier timens Dominum ipsa laudabitur.

La Mujer que teme al Señor, ella misma será alabada.

Prov. 31, V. 30.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

Si presumiese, ó pudiese presumir en manera alguna, que en este momento venia á hablar á un auditorio nécio, ingrato, imprudente y discolo, confieso ingenuamente que temería; mi temor me hubiera impuesto silencio, y no me hubiera atrevido á ponerme en tan respetable sitio, á pesar de que viviré siempre reconocido al honor que se me ha dispensado en este encargo tan difícil como glorioso. Es verdad que debería esperar de la bondad de mi Dios, que cела el honor de este sagrado ministerio, que me daría una boca, y una sabiduría, á quien no podrían resistir todos mis contrarios y enemigos; pero no me sería fácil desentenderme del amargo sentimiento que debería causarme el verme obligado á arrojar preciosas margaritas delante de animales inmundos, que no harían uso de ellas, sino para envolverlas entre los groseros sentimientos de su sensualidad y fétido corrom-

pido vapor de sus malignas intenciones. Y á la verdad ¿quien no temerá el agudo y penetrante cuchillo de una lengua murmuradora y maldiciente? ¿quien no temerá los artificiosos sofísticos dilemas de que se valen los Fariseos::: para hacer servir á sus depravados desígnios la palabra del Señor? Dios solo es quien puede romper sus peligrosos extremos.

Pero gracias á la bondad de mi Dios, no estoy en este conflicto, ántes bien me contemplo dichoso por que vivo íntimamente penetrado de la dulce satisfaccion que me causa el saber que voy á hablar á un auditorio que tan ilustrado, como agradecido, tan piadoso, como sensato y prudente, tendrá presente que las estrellas del Cielo se diferencian unas de otras en claridad, que se acordará de mi situacion, que no se olvidará de la suya, y finalmente que solo el mas sincero deseo de complacerle en el Señor pudo haberme obligado á una empresa muy superior á mis fuerzas, demasiado débiles aun para otros de menos consideracion.

Sí, Excelentísimo Señor, sé que tengo el honor de hablar á vista de V. E., de quien espero y debo esperar, que si fuese preciso, ó las circunstancias lo exigiesen, como ciudadano, como caballero, como

literato , como militar y como religioso sostendria y debería sostener cuanto pienso decir en justo elogio de nuestra augusta difunta Soberana MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON.

Sé que tengo el honor de hablar en presencia de tres insignes corporaciones compuestas de distinguidos sugetos, que por los sólidos y fundamentales principios de la Religion santa, de que son sagrados ministros , de las Leyes, de que son respetables magistrados, y de la Policía, de que son fieles jueces y conservadores, conocen toda la extension del precepto que nos manda honrar á los Padres.

Sé que tengo el honor de hablar en presencia de unos nobilísimos Cuerpos militares, cuyas multiplicadas cicatrices y copiosa sangre derramada en los campos del honor manifiestan del modo mas enérgico cuanto aprecian el que es debido á sus Soberanos.

Sé por fin que tengo el honor de hablar en presencia de un pueblo que tiene por glorioso distintivo la fidelidad y amor á sus Monarcas desde siglos muy remotos, distintivo que no han podido borrar las vicisitudes del tiempo devorador, ni la perfidia de algunos hijos espúrios de la madre Patria, que profa-

naron sacrílegamente el sagrado de su generosa hospitalidad con las mas imponentes sorpresas.

A vista de tan lisonjeras circunstancias, mis temores se desvanecen, mi esperanza se anima y confío hallar vuestra atencion benigna para que, en fuerza de las razones que intento exponer á vuestra consideracion, concluyáis conmigo, que nuestra augusta Soberana MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON es muy justamente acreedora á nuestras alabanzas, y de que la gratitud y piedad cristiana la tribute estos religiosos magníficos sufragios.

Los Naciancenos, los Crisóstomos, los Demóstenes, los Cicerones cristianos debieran estar en este sitio; no yo, que no sé hablar, ni pude estudiar el alfabeto de la elocuencia. Sin embargo no temais que ofenda la delicadeza de vuestros oídos, ni manche la santidad de este sitio con adulaciones impías. Los hechos reflexionados segun mejor he podido, me economizan el trabajo de buscar en los despojos de Samaria adornos dignos de la Santa Jerusalem. A vista de ellos diré ¿qué diré? que MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON ha sido

Una muger temerosa de Dios.

Espíritu Divino, Espíritu Consolador, de vos

espero la gracia que necesito y que imploro humilde.

AVE MARIA.

Mulier timens Dominum ipsa laudabitur.

La muger que teme al Señor ella misma será alabada.

Cuando me acuerdo que el Padre universal de los vivientes primer Monarca y único Rey del Universo colocado en un alcazar de imponderable fortaleza y hermosura, exerciendo un absoluto imperio sobre todos los seres de la tierra que le prestaban el mas rendido vasallage como á su solo y privativo Señor, exento del rigor de las estaciones, libre de las calamidades que traen consigo las vicisitudes del tiempo, defendido del hambre, de la sed y del dolor, asociado á una amable compañera que de sus mismos huesos formó su Criador, para que nada le quedase que desear, lleno de una gracia abundantísima que sujetaba dulcemente todas sus pasiones, y adornado de ciencia y conocimientos tan profundos que no le permitian ser engañado, nadaudo en delicias y coronado de flores; oye sin embargo las malignas sugeriones de la envidiosa serpiente, comé la fruta de un único arbol que se le habia prohibido, abandona toda su grandeza, pierde todas sus inefables inocentes delicias y se sepulta con toda su desgraciada posteridad

en los mas horrorosos abismos de la miseria, de la pena, del dolor y de la muerte temporal y eterna; tiemblo, me asusto, apenas tengo aliento para respirar libremente, y al paso que admiro los incomprendibles juicios de Dios, y adoro su inescrutable providencia, no puedo menos que reflexionar sobre mi mismo y preguntarme ¿quién soy yo para juzgar á mi hermano? ¿Porqué me irrita, porqué me enoja, porqué concibo movimientos de ira y de indignacion contra el desgraciado delincuente? Por grandes que sean sus deslices ¿no los tendria yo mayores si no me contuviese la benéfica omnipotente mano de mi Dios, *que endurece á quien quiere y tiene compasion de quien le agrada?* ¿No será mas justo, no será mas razonable que me postre humildemente sobre el polvo de que he sido formado, y que apartando los ojos de las fragilidades de mis hermanos, los fije atentos en sus buenas obras, á fin de que me sirvan de ejemplo y de estímulo para dirigir las mias y glorificar en las suyas al *Padre celestial*, que quiere que admiremos y respetemos, mas no que escudriñemos el seno de sus misericordias y los tesoros inagotables de su sabiduría?

Sí, amados Señores míos; sí. Esta es mi obliga-

cion la mas sagrada y la mas estrecha. Esta la de todo hombre de cualquiera sexô, estado, ó condicion, como fundada en aquel sagrado divino precepto, que el Señor grabó en nuestros corazones desde el mismo momento de su formacion y en el que consiste *toda la ley y los Profetas*, pues nos manda *amar á Dios sobre todas las cosas y á nuestro próximo como á nosotros mismos*. El mundo no la conoce, ó si la conoce la desprecia, porque el capricho, el fanatismo y la preocupacion son los únicos exes sobre que giran todas sus opioiones siempre absurdas, siempre inconsecuentes y el solo resorte que dá movimiento á sus obras, palabras y pensamientos siempre abominables, siempre viciosos; sino por su malicia intrínseca, á lo menos por sus fines siempre torcidos, siempre siniestros. De lo que resulta, que si alguna vez, obligado de la verdad, rinde á la virtud la alabanza que le es debida, suele proponerse el doble exécrable objeto de penetrar con pasos mas seguros por los caminos tortuosos que le conducen al logro de su dañada intencion y de huir impunemente la luz clara y hermosa que debiera hacerle sentir el remordimiento de su misma conciencia; pero que no pueden sufrir sus torpes y enervados ojos.

No así la caridad. Esta, como que trae su origen del cielo, y allí dirige únicamente todas sus miras, tan benigna, sufrida y paciente en las adversidades y flaquezas de sus hermanos, como alegre, festiva y agradable cuando le halla virtuoso, celebra cordialmente todas las ocasiones que sus buenas obras le presentan para bendecirle y jamas le regatea sus alabanzas. Partamos de este principio y nos veremos dulce y agradablemente obligados á celebrar á nuestra augusta difunta Soberana MARIA LUISA DE BORBON Y BOREON como uno de aquellos raros prodigios de la *gracia*, que en medio de los mas inminentes peligros de perderla, conservó en su corazon un fondo de virtud y de *temor de Dios*, que la hace justísimamente acreedora á nuestras mas genuinas alabanzas.

No me detendré á hacer una brillante y deslumbradora relacion de su esclarecida genealogía, porque aunque la dilatadísima série de sus ilustres insignes heroycos ascendientes la coloca en un lugar mas encumbrado, que el que ha ocupado la mayor parte de cuantas distinguidas Matronas celebra la historia de los siglos pasados, seria en vano molestar vuestra atencion con lo que todos vosotros sabeis mas bien que yo.

Por otra parte, sí las distinciones y recomendaciones del nacimiento, de la cuna y de la prosperidad temporal presentan al Orador profano campos amenos y dilatados donde coger hermosas flores con que adornar sus panegíricos, son flores infructuosas que por mucho aprecio que merezcan á los mortales, nada valen á los ojos de un Dios, para quien es igual el Monarca mas elevado y el vasallo mas rendido; el noble y el plebeyo, el grande y el pequeño, y que pesando las acciones en la fiel balanza de su inflexible justicia, solo aprecia lo que encuentra arreglado á sus inviolables y eternas leyes.

No obstante, preciso es decir que MARIA LUISA ha sido hija de los muy Altos Serenísimos Señores Grandes Duques de Parma, mas conocidos por sus heroicas virtudes, por su religion y por su piedad, que por los excelsos timbres que acreditan una nobleza tan antigua; que se pierde su memoria en lo remoto de los siglos pasados. Con arreglo á sus religiosos sentimientos, criaron, educaron y cultivaron el alma de nuestra augusta Soberana con aquellas máximas sublimes, que política y moralmente forman las que deben llamarse verdaderamente grandes, y esta Señora siempre dócil, humilde, atenta á las lec-

ciones que la daban sus virtuosos Padres, ya por sí mismos, ya por medio de los maestros mas conocidos en su tiempo por su probidad y profundos conocimientos, asi en la Religion, como en todo lo que puede contribuir á ocupar los mas preferentes puestos de la sociedad, se presentó á la faz del universo como una bellissima criatura, que reuniendo la virtud de sus Padres con las gracias que la naturaleza la habia prodigado con mano liberalísima, era la admiracion de cuantos la observaban, y el modelo de las jóvenes de su tiempo. Hermosura sin preocupacion y sin caprichos, talento sin presuncion, discrecion sin soberbia, modestia sin afectacion, moderacion sin impertinentes melindres, afabilidad sin ambicion, alegria sin exáltacion, humildad sin hipocresía, religiosidad sin supersticion, ¡qué prendas tan interesantes! ¡qué cualidades tan amables! ¡qué circunstancias tan dignas de desearse para el mérito mas encumbrado de una jóven! ¡qué dificultosamente se reunen! Mas por dificiles que sean de reunirse, y por raras que sean las veces que se encuentran reunidas, MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON las reunia en su persona, no como quiera, sino en un grado muy sublime. Ellas han hecho las delicias de sus religiosos

Padres, mientras ha estado baxo su direccion, y ellas han merecido el mas fino, el mas constante amor de su caro esposo Cárlos IV que la tributó las mayores cordiales alabanzas hasta el último momento de su vida. Circunstancia suficiente por sí sola, para que nosotros se las tributemos con el mas sólido fundamento.

Cárlos III, su digno y augusto Padre, aquel Rey grande, á quien Nápoles y España nunca vivirán suficientemente agradecidos; Cárlos III, aquel Rey singular y extraordinario que mereció ser llamado el Salomon de su tiempo, no menos por la opulencia y esplendor de su imperio, que por sus profundos conocimientos, máximas verdaderamente sábias, discrección y acierto para el gobierno y prosperidad de sus vastísimos dominios, igualmente que por su religion y piedad, sabia muy bien que la estabilidad y fomento de las Monarquías, no tanto consiste en las grandes relaciones y enlaces de sus Príncipes con las grandes y altas Potencias extrangeras, quanto en su moralidad y virtud; que si esta no es el norte de sus operaciones, podrán ser por algun tiempo unos afortunados déspotas ó tiranos; pero nunca los Padres de sus pueblos, como los quiere el *Evangelio*,

como los desea la razon, y como los ha establecido la sábia naturaleza en su primitivo origen, y que asi como las moscas asquerosas corrompen la suavidad del unguento (por valerme de la comparacion del Sábio) asi la necedad del Príncipe, consiguiente á su falta de virtud, corrompe, trastorna, destruye, aniquila la verdadera felicidad de las naciones y pueblos que estan á su cuidado.

Del mismo modo conocia, que si la muger sensata, prudente, virtuosa y temerosa de Dios, es un don particular con que el Cielo suele regalar al hombre virtuoso, la necia, la imprudente, la insensata, la que no tiene virtud ni temor de Dios, es uno de los mayores castigos que puede experimentar mientras existe sobre la tierra, *es maldad sobre toda maldad, malicia sobre toda malicia, el abatimiento del corazon, la tristeza del semblante, el tormento del espíritu, la debilidad de las manos, la torpeza de los pies, y el trastorno de sus mas bien concertados planes en paz y en guerra.* Consiguiente á estas justisimas ideas, trató el sábio y benéfico Monarca de buscar una muger que fuese digna del heredero del Trono. Registró la Europa toda. Penetró lo mas íntimo de sus gabinetes. Pesó con su acostumbrada madurez y detenida refle-

xión el mérito de sus mas ilustres Princesas , y aunque á todas las hubiese hallado muy acreedoras á ocupar el Sólío , MARIA LUISA DE BORBON fue la escogida para Princesa de Asturias, y Reyna de las Españas. Sus excelentes virtudes merecieron mas aprecio que todas las ventajas y relaciones que pudiera proporcionar á la Corona Española el enlace del Príncipe que habia de ceñirla con otra Señora. Murió Cárlos III tan lleno de días , de gloria y de virtud, como satisfecho de dexar en su reyno dos Príncipes, cuyas excelsas virtudes le habian dado la mas bien fundada confianza de que serian sus dignos sucesores. Su muerte fue un agudo cuchillo de dolor , que hirió vivamente los corazones de los Españoles sensatos é ilustrados , que por principios conocian quanto vale un Monarca , que como este reúne las muchas raras y dificultosas prendas que se necesitan para reynar. Pero ¿quién enjugó sus lágrimas? ¿quién los consoló en su amargo sentimiento? ¿quién disipó los temores que justamente debe causar la mudanza de un gobierno supremo? ¿Acaso suspiraron por algun Príncipe extranjero? ¿Acaso llevaron á mal que la Corona de España fuese hereditaria, y que la sábia constitucion de la Monarquía no les permitiese bus-

car á su eleccion quien viniese á tomar las riendas del gobierno? No por cierto, no. En las virtudes políticas y morales que adornaban á MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON, no menos que en las de su carísimo Esposo, vieron y hallaron la mas clara aurora que les anunciaba la continuacion y aumento de sus felicidades y la prosperidad de su patria. El júbilo universal, la cordial alegría que se dexaba ver en los semblantes de todos con las demostraciones mas patéticas, y las aclamaciones festivas con que los Pueblos y la Nacion toda se apresuraron á celebrar su exáltacion al Trono, fueron los mas sencillos; pero los mas claros y evidentes testimonios, no menos de la acertada eleccion del difunto Monarca, que del alto concepto que justamente merecia la nueva Soberana. ¡Ah!..... Nobles, generosos, sensatos, leales madrileños, ¡con qué entusiasmo! ¡con qué transportes de gozo! ¡con qué admiracion deciais entonces "MARIA LUISA nació para Reyna por la grandeza de su alma, por su talento extraordinario y singular, y por su beneficencia ilimitada." Pero permitidme que os diga, que no habeis hecho bien su elogio. Debiérais haber dicho: MARIA LUISA nació para reynar, porque su grande alma estaba adornada de aquellas benéficas ideas que

son consiguientes al *temor de Dios*, porque su talento, sin duda extraordinario y singular, estaba cultivado por las lecciones sublimes del *temor de Dios*, y porque el *temor de Dios* era quien hacia su beneficencia tan discreta, como ilimitada. Vosotros lo habeis visto, vosotros lo habeis experimentado, vosotros tocais aun las mas altas pruebas de esta verdad, y en publicarla nada hareis mas que tributar un pequeño homenaje de vuestra gratitud al honor que la es debido.

Sí, Madrileños, sí::: esta era la causa porque constantemente se presentaba á vuestra vista con aquel semblante siempre afable, siempre risueño, siempre dulce, que, como el iman al acero, atraia vuestros corazones. Esta era la causa porque la habeis admirado siempre como á una muger singular y extraordinariamente adornada del verdadero don de gentes. ¡Prenda rara! ¡Prenda mas preciosa y mas digna de estimacion que el oro de Ophir y que las perlas de Oriente! ¡Prenda que al paso que ensalza y eleva á quien tiene la felicidad de poseerla al grado mas alto de amabilidad, es el sobreescrito menos equívoco de un alma noble, que respira los sentimientos de una virtud sólida y constante; que aborrece el delito en

medio de la fragilidad humana, y que sino está siempre dirigida por una caridad sobrenatural, por lo menos no sabe desentenderse del amor que le merecen sus hermanos con respecto á Dios.

Esta es la causa porque admirábais en ella aquella urbanidad enteramente contraria y distinta de *la del nécio que se muda como la luna*, con que hablaba á todos, ya fuese como persona particular, ó ya como Reyna. Aquella urbanidad prodigiosa, que, si por una parte animaba, consolaba, alentaba al triste, al pobre, al miserable, al desvalido para que con justa y respetuosa libertad y franqueza la expusiese sus necesidades, por otra imponía, contenía, refrenaba, moderaba al poderoso, al orgulloso, al atrevido, y le obligaba á guardar en su presencia y en su casa con la mas escrupulosa exactitud todas las leyes del decoro. De suerte que parecia resplandecer en su semblante y en sus ojos alguna cosa divina y superior al órden de la naturaleza, pues que á un mismo tiempo se le advertia como un cielo sereno y apacible que destilaba benéficos abundantes rocíos de benignidad para desvanecer los temores del indigente, y fulminaba rayos de imperiosa magestad para contener al poderoso.

Cada uno podrá pensar en esta parte lo que mejor le acomode. De la mía despreciaré cuantas pinturas lisonjeras pudiera ofrecernos en este momento la elocuencia profana, y solo diré que sus ojos y semblante estaban adornados de una extraordinaria y rara felicidad para manifestar, aun sin el auxilio de la lengua, con la mayor energía las nobles y virtuosas ideas que animaban la grande alma que los dirigia con arreglo á su mucho *temor de Dios*.

Sí, el verdadero *temor de Dios*, aquel *temor de Dios* que humilla al hombre en su divina presencia, haciéndole conocer su debilidad y su miseria, aquel *temor de Dios que aborrece lo malo, la arrogancia, la soberbia*, la doblez, la simulacion, la mentira y el engaño, era para MARIA LUISA un fiel despertador, que pulsando con libertad santa á las puertas de su alma sensible, franca y generosa; la enseñaban á no desvanecerse en la prosperidad, á no dexarse sorprender por los encantos de la grandeza, y á mirar no tanto á unos vasallos rendidos á sus plantas, como á unos hermanos que redimidos igualmente que ella *con la sangre del Cordero*, exigian el respeto de sus inviolables derechos, sin perjuicio de los que son propios de la Magestad.

Este *temor de Dios* ha sido quien dirigió sus pasos al fúnebre Panteon de los Reyes, despreciando todas las sugerencias con que la oficiosa adulacion de los cortesanos intenta apartar de la vista de los grandes todo lo que puede contribuir á que se posean á sí mismos, y les haga conocer el verdadero mérito para proceder con justicia en el repartimiento de sus premios, y venciendo aquel horror que naturalmente causa á los sentidos todo lo que los sorprende con la memoria de la muerte, dió impulso á sus Reales manos para grabar con ellas sobre la lámina de su Sepulcro un letrero, que con admiracion de cuantos le leian, manifestaba su pertenencia.

Este *temor de Dios* era quien la llevaba frecuentemente á la presencia de *Jesucristo Sacramentado*, ya sola, ya acompañando á su augusto Esposo para ofrecer á sus divinas plantas todo el honor y toda la gloria de su imperio, como al *Dios único y grande por quien reynan todos los Reyes, por quien mandan todos los Príncipes., por quien los Poderosos establecen la justicia, y los Legisladores determinan las cosas justas.*

Este *temor de Dios* era quien la hacia entrar en los templos, no como en unos teatros destinados á la ostentacion del lujo y de la vanidad, sino como en

unas casas consagradas á la oracion y al culto del verdadero *Dios*, despertándole del sueño en que suelen aletargarse los sentidos con el fatal beleño del brillo de la púrpura para adornarlos con preciosos donativos que se conservan en ellos como preciosos monumentos que manifestarán á la remota posteridad los sentimientos de un alma religiosa á quien nada era capaz de obligar á avergonzarse de confesar á Dios delante de los hombres.

Este *temor de Dios* era quien la obligaba á separarse muchas veces del bullicio de su corte, para recogerse al silencio de su oratorio y pedir al *Padre de las luces* humildemente postrada, que dirigiese sus pasos en todas las ocurrencias de la vida, huyendo siempre los impertinentes fastidiosos extremos de la supersticion y de la hipocresia.

Este *temor de Dios* fué quien la inspiró una particular y constante devocion con la Reyna Soberana de los Angeles y de los hombres, en cuyo obsequio rezaba su Oficio Parvo, y estableció por todos los veinte años de su reynado una renta pagada de su bolsillo secreto para que con la mayor y mas edificante solemnidad, doce niños de coro la cantasen la *Salve* todos los días en su Santuario del Pilar de Zaragoza.

Este *temor de Dios* fue quien la inspiró el religioso pensamiento de recurrir á la proteccion del glorioso San Fernando ofreciendo á su obsequio al heredero del Trono que deberia presentarle en sus brazos, á fin de que se dignase libertarle de la dilatada peligrosísima enfermedad que padeció en su infancia, llenando su alma de amargura y desconsuelo.

Este *temor de Dios* fue quien la enseñó á vencer la delicadeza de su sexô, el rigor de la estacion y todas las dificultades que ofrece el dilatado camino que hay desde Madrid á Sevilla para cumplir religiosamente su oferta, como efectivamente la cumplió derramando lagrimas de gratitud, que enternecieron á los muchos expectadores que fueron testigos de un acto tan religioso, hijo sin la menor duda de la piedad mas cordial.

Este *temor de Dios* era quien la daba una infatigable vigilancia sobre la conducta de su numerosa servidumbre, á quien edificaba, mas bien con su ejemplo y benignas exôrtaciones, que con aquellas reprehensiones ágras é indiscretas, que las mas de las veces son efecto, no tanto de un verdadero celo de la virtud, quanto de un capricho ó de un génio displicente, que de todo abusa para satisfacer á su amor

propio. ¡Qué prudencia para proporcionarle aquellas inocentes distracciones necesarias para que abrazasen con gusto sus tareas! ¡qué cuidado para que la excesiva distraccion no la conduxese al precipicio, que generalmente está hermanado con la magnificencia! De la servidumbre de MARIA LUISA puede decirse lo que la Reyna de Sabá por la de Salomon. *¡Dichosos tus siervos que están siempre delante de tí y oyen tu sabiduría, que son enseñados por tus consejos, que son regalados con tus favores!*

Este *temor de Dios* era quien obligaba á MARIA LUISA á aprovechar cuantos momentos se la presentaban oportunos (sin perdonar los que podian ofrecerle los officios mas humildes de una Madre para con sus hijos) á fin de inspirar á los tiernos corazones de su Réal amada Familia todas aquellas máximas que son propias de una educacion, no menos civil y política, que religiosa y cristiana, procurando siempre con el mayor esmero apartarla de la ociosidad delincuente, separarla de toda ocupacion capaz de seducir su inocencia, y mantenerla constantemente en egercicios útiles y saludables, cuya verdad depone gloriosamente á la cabeza de las diversas naciones que preside.

Este *temor de Dios* ha sido quien la ha sostenido en la mas exacta observancia de todas aquellas máximas y costumbres religiosas, que con admiracion y edificacion de todo el orbe cristiano y religioso dexaron establecidas los Reyes de España que la precedieron, y de las que estableció su augusto Esposo, á quien seguía, fiel y constantemente en ellas bien diferente de la orgallosa Michol.

Este *temor de Dios* era quien animaba y arreglaba su ilimitada siempre racional beneficencia tan justamente, ó por mejor decir, nunca suficientemente celebrada en España y fuera de ella, cuya memoria dulce y grata transmitirán á las generaciones mas remotas los magníficos monumentos que existen testigos fieles de sus misericordias en la Corte, y en varios pueblos de sus dominios, cuando no quieran ó ya no puedan publicarlas los innumerables á quienes ha favorecido, y que la deben su subsistencia.

Este *temor de Dios* era quien ponía en sus lábios aquellas expresiones con que solía despedirse de los que reconocidos iban á darle gracias por los beneficios que les habia dispensado " *á Dios, pedid á Dios por mí.*" ¡Qué expresiones tan dulces! ¡tan breves! ¡Pero qué compendiosas! ¡qué humildes! ¡qué insi-

nuantes! ¡qué expresivas del temor de Dios que las dictaba! No es extraño que fuesen breves por que eran muchas las ocasiones en que la gratitud y reconocimiento de los favorecidos la obligaban á repetir las. Pero por breves que sean ¿qué entendimiento habrá tan limitado, ó tan malicioso, que no se vea obligado á advertir en ellas aquella fe robusta que se humilla en la presencia de Dios, que solo en Dios se persuade hallar lo que necesita? ¿Qué protesta mas alta podía hacer de que solo Dios es el principio, fuente y manantial inagotable de todos los beneficios, que él solo es el Soberano árbitro de la suerte de todos los mortales, que él solo es el que dá y quita segun le place los cetros, las coronas, los reinos y los imperios, que él solo es quien puede hacer al hombre verdaderamente grande, que él solo es quien puede darnos aquella eterna bienaventuranza para que hemos sido criados y á que deben dirigirse todas nuestras ansias, todos nuestros suspiros.

A Dios. Pedid á Dios por mí. ¡Lenguas mordaces, generacion de víboras, vosotras que sois siempre lince para escudriñar lo mas oculto, para publicar lo mas reservado y para ver la pequeña arista que está en el ojo de vuestro hermano, siendo siem-

pre topos para ver la grande y gruesa viga que está atravesada sobre vuestra alma impía, temeraria, sacrilega! decid, hablad ¿qué quieren decir estas expresiones *pedid á Dios por mí?* No es esta la mas sincera, la mas humilde confesion de la fragilidad humana? ¿No es esta la mas sencilla, la mas genuina protexta de que todo don, toda gracia, todo favor nos *viene de arriba y nos baja del Padre de las luces para con quien no hay mudanzas ni sombras de vicisitud?* ¿No es esta la mas patética, la mas brillante, la mas sólida prueba de que nada era capaz de apartar del corazon de MARIA LUISA el verdadero *temor de Dios?* ¡Y que! ¡Esta confesion humilde no será mas apreciable á los ojos del Señor, siempre benignos y dispuestos á atender al que implora los auxilios de su gracia, que todas aquellas que vosotras acostumbrais hacer con arrogancia farisaica cuando decís con vuestras malignas murmuraciones, desvanecidos con las obras de vuestro orgullo *no soy como los demas!* ::; ¡Soberbios, engreidos, temblad á vista de la terrible sentencia que *Dios* tiene fulminada diciendo, que arrollará, confundirá y cubrirá de vergüenza y oprobio *al que á sí mismo se exalta*, al paso que elevará, ensalzará, llenará de honor y de eterna gloria

delante de los hombres y de los Angeles al que *á sá mismo se humilla*, se anonada, se abate!::: Vosotras::: estais lejos de mí::: Vuestro impuro aliento no profana este Santo Templo:::

El Espíritu Santo dice que el que teme á Dios recibirá su doctrina. MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON recibió la doctrina de la Fé y la conservó á la faz del Universo, sin avergonzarse jamas, ó por mejor decir, haciendo siempre magnífica religiosa ostentacion de ser este su mas glorioso distintivo. Si, conservó este sagrado depósito con tan firme delicadeza, que cual roca inaccesible á las furiosas multiplicadas olas del mar, resistió y triunfó su religiosa alma de las fuertes tempestades que en su tiempo suscitó en todas partes el furioso viento de la impiedad.

Si yo pudiera decir en este momento las tramas, enredos y artificios de que se ha valido la maligna fatal filosofia de nuestros dias, para minar los mas sólidos cimientos de las Monarquías, especialmente católicas, y establecer en ellas libremente sus sacrilegos dogmas, y al mismo tiempo el teson inflexible con que MARIA LUISA, no solo no dió oidos á sus sagaces seductoras máximas, sino que descubrió su vene-

no tan contagioso como mortífero, y libró no solo á su Real Familia y Palacio, sino tambien á su Reyno de los sangrientos estragos con que amenaza, aunque cubierto con el velo mas lisonjero á las pasiones humanas, no extrañaríais que yo intentase exôrtar á todos los Españoles animados de la piedad á que cantasen en obsequio de nuestra *Soberana*, un himno de alabanza semejante á aquel con que los agradecidos Betulianos celebraron á su esclarecida Heroína victoriosa de los Asirios. Ella no expuso su vida, penetrando por los campos enemigos, entrando en la tienda de su orgulloso General, dividiendo de los hombros su erguida cabeza, y volviendo triunfante con ella en sus manos á la ciudad, mas no por eso dexa de ser justísimamente acreedora á que digamos con las mas expresivas demostraciones de gratitud, que ha sido la gloria de su Nacion, la alegría de España y el honor de su Pueblo; supuesto que no puede ocultársenos, que su despejado talento, su ilustrada erudicion, su profunda penetracion, sus particulares noticias, su admirable prudencia, su poderoso influxo, su celo activo, su fé sólida, y sobre todo su *temor de Dios*, todo lo empleó en favor de su Pueblo, á quien no amenazaban mas de

lejos tantos males, como á la consternada Betúlia. Pero dexemos al tiempo que corra un velo, que por ahora no me es permitido romper. Lisonjeémonos sí de que la posteridad imparcial, la tributará las mas justas alabanzas á vista de la verdad, que aun los enemigos de la Fé se verán obligados á publicar á pesar suyo::: :::

Mas ¿qué es lo que MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON debió haber hecho y no hizo, para sostener y fomentar en su Casa y en su Reyno la Fé, la Religion, la piedad y el *temor de Dios*? Callaré yo::: pero hablen por mí las Vírgenes puras que deben á su alta proteccion el hallarse dotadas y colocadas en los respetosos asilos de su inocencia, cantando dia y noche las alabanzas de su divino Esposo; los venerables Religiosos que fieles observadores de su Instituto recibieron de su mano generosa cuantiosas limosnas para su precisa subsistencia y entregarse con mas libertad á sus continuas contemplaciones y ejercicios pastorales; las famosas hijas de la Caridad, las hijas de Vicente Paul, varon verdaderamente apostólico; las Reservadas y Desamparadas; las Recogidas y Arrepentidas, que bajo el asilo de su magnificencia á un mismo tiempo dexan de causar perniciosos

ciosísimos escándalos y expian con las mas sinceras penitencias sus pasadas culpas: hablen por mí sus Confesores y Directores espirituales, siempre sábios, siempre timoratos, si es que pueden decir los secretos que se les han confiado, las consultas que se les han hecho y la sumision con que fueron oidos y obedidos sus consejos y preceptos: los Ayos, Directores y Maestros de sus RR. AA. Príncipes, Infantes y Real servidumbre, siempre escogidos mas bien por su conocida virtud que por su talento, si es que tienen tiempo á decir los encargos que MARIA LUISA les hacia relativos á su instruccion moral: hable por mí la nunca bien ponderada traduccion de la Biblia Latina al idioma castellano, que aunque dedicada justamente á nuestro actual Monarca, cuando era Príncipe de Asturias, á él mismo no se le ocultan ni á toda la Nacion, los generosos desvelos y cuidados de su augusta Madre, para vencer las agigantadas dificultades, que por mucho tiempo se opusieron á esta traduccion tan interesante al honor de la Religion, y al fomento de la piedad; el Compendio Histórico de la misma repartido por sus mismas Reales manos á muchos pobres, para que su indigencia no los privase de unos conocimientos tan útiles para la consolida-

cion de la doctrina sana ; la inestimable obra intitulada "Meditaciones cristianas para un retiro espiritual" que aunque compuesta por su augusta Hermana Doña Isabel de Borbon, Archiduquesa de Austria, sin embargo puede decirse ser hija de la piedad de nuestra Soberana, pues que sin ella dificultosamente hubiera visto la luz del público , á lo menos en Italia y en España donde la mandó imprimir á sus expensas en los respectivos idiomas de estas Naciones; obra bastante ella sola para hacer su mas elevado panegírico , pues es digna de ser colocada en medio de las de una Santa Teresa, y de los Solilóquios y Confesiones de un San Agustin , excediendo en sus nueve meditaciones espirituales á las mas sublimes que se conocen en esta clase : hable por mi Etruria , Sicilia , Portugal y España que admiran justísimamente los sentimientos de piedad con que ha cultivado las preciosas almas de sus amados Soberanos : hablen todos cuantos la han conocido, menos los impíos , los sacrílegos , los ingratos:::: que jamas pueden producir sino blasfemias y el pestífero veneno de que abunda su corazon, y que sus lábios estan siempre dispuestos á arrojar contra la mas acrisolada inocencia. Todos, sino los que nécios é insensatos estan tan dis-

puestos para alabar á Mahoma , como para vituperar á Jesucristo , para condenar la virtud , como para ensalzar el vicio , dirán que MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON no se dexó ver al frente de sus Pueblos , sino como una Muger grande , como una Reyna verdaderamente piadosa , y *temerosa de Dios*.

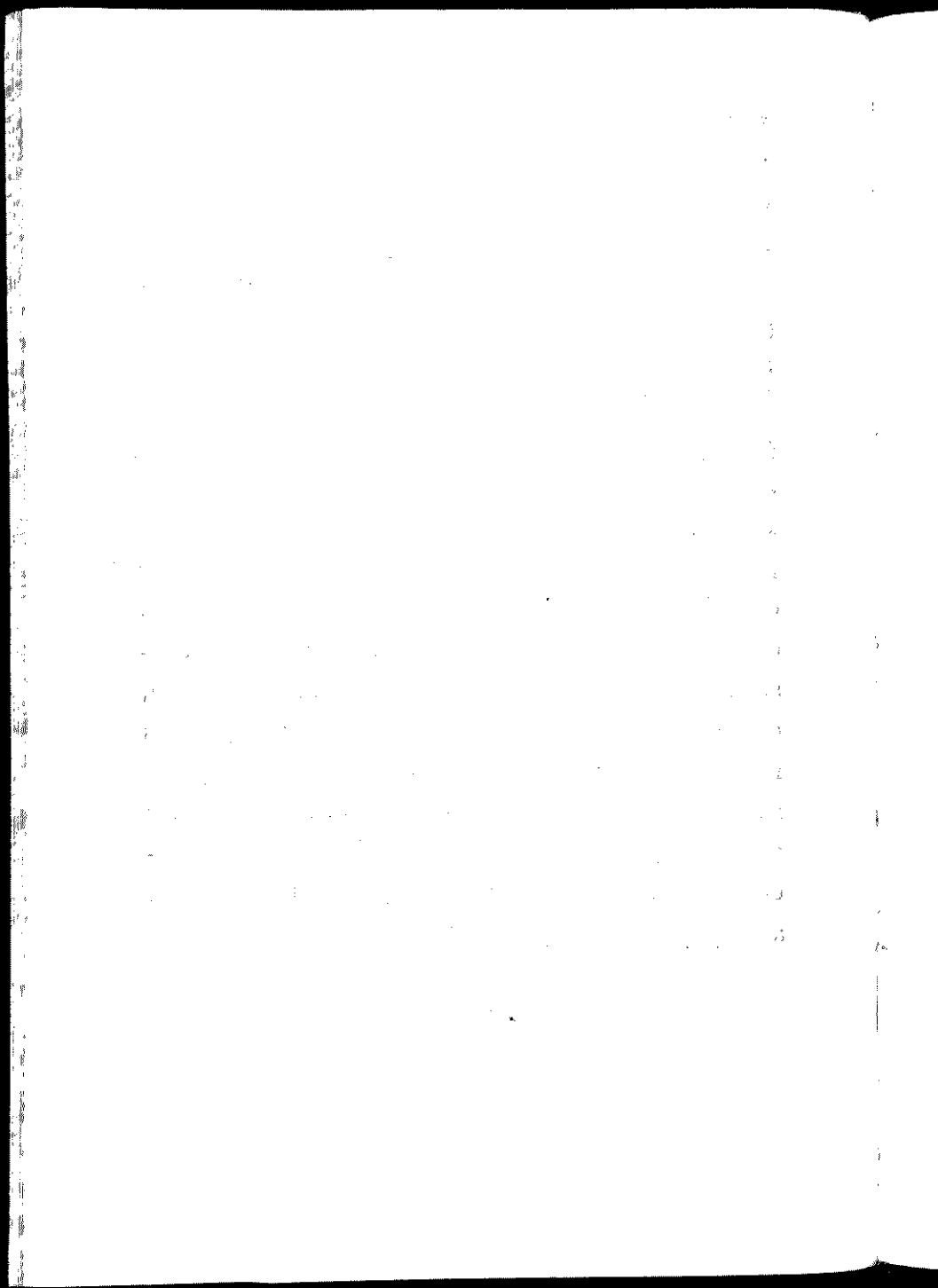
Hable Roma , testigo fiel é imparcial de sus misericordias , de sus sentimientos é ideas religiosas , magnánimas , caritativas , que arrancaron de sus lábios el justo merecido elogio de Madre de las viudas , de los huérfanos y de los pobres : hable la Santidad de Pio VII , que la regaló con sus gracias como Vicario de Jesucristo : hable finalmente y sobre todo el escrupuloso cuidado con que muy luego que se vió acometida de su enfermedad , sin quejarse como un Rey de Amalec de que la amarga muerte iba á separarla de las delicias de la vida , ni esperar que un Profeta del Señor la dixese como á otro de Judá: *arreglad vuestra casa porque habeis de morir* , trató de disponerse para presentarse en el tribunal de un *Dios justo* ; sus asistentes y concurrentes que han oido sus religiosas exhortaciones y han presenciado su egemplar edificante humillacion para recibir todos los Sacramentos y auxilios de la Iglesia , sus fer-

vorosas súplicas al Dios de las misericordias, sus piadosas jaculatorias, sus abundantes lágrimas de compuncion y sus últimos suspiros exhalados implorando el perdon de todas sus culpas.

Contra tan sólidos fundamentos para haberos asegurado desde un principio que MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON ha sido una muger *temerosa de Dios* ¿qué podría oponerme la mas obstinada impiedad? ¿qué pudo haber pecado? ¿y qué? ¿No era hija de Adan? ¿No pecó David? Pudo haber pecado. Los Reyes no se desdeñan de oir las verdades del Evangelio. Porque pudo haber pecado; porque podemos considerarla en el Purgatorio (no nos avergoncemos de darle su propio nombre); porque podemos considerarla dando á la divina justicia la satisfaccion, que no alcanzaron á dar en esta vida sus grandes magníficas obras de piedad, de misericordia y de *temor de Dios*; por esto se ofrecen al Altísimo estos piadosos, justos y poderosos sufiagios; por esto decimos con todo nuestro corazon y con toda nuestra alma, que la suya y la de todos los fieles difuntos

Requiescant in pace.

AMEN.



SEGUNDA

ORACION PANEGÍRICO FÚNEBRE

QUE

EN LAS REALES EXEQUIAS

DE LA REYNA CATÓLICA

D. MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON

CELEBRADAS

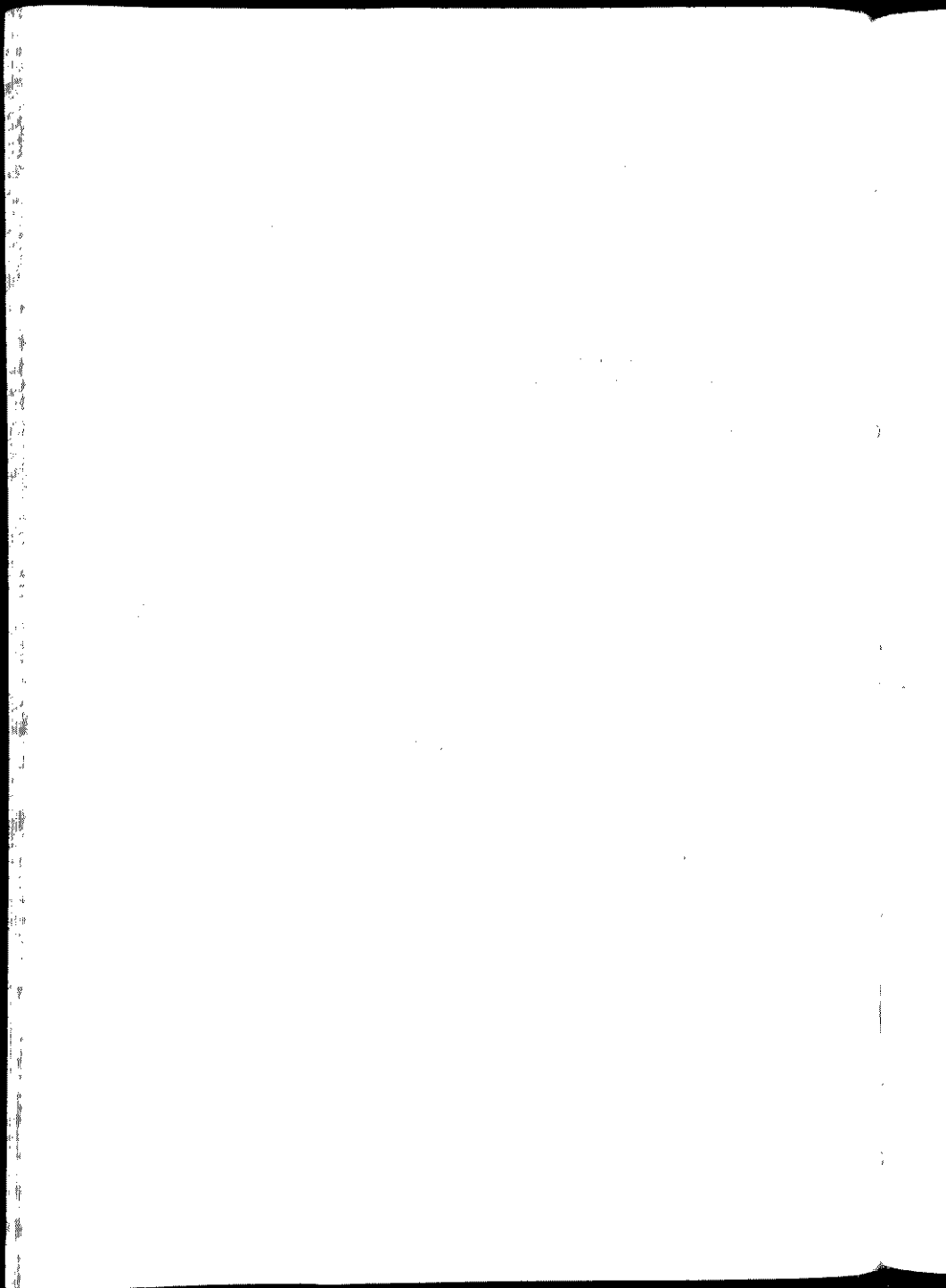
POR LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE LA CORUÑA

EN LOS DIAS 10 Y 11 DE MAYO DE 1819

DIXO

DON JOSE GOYOS IGLESIAS,
Capellan Párroco por S. M. del 4.º Regimiento del
Real Cuerpo de Artillería, y actual Director
de la Inclusa de la misma Ciudad.





lente insultante apotegma, nos basta acordarnos, que el honrar á los muertos, es un punto en que han convenido y convienen todas las Naciones, sin excepcionar al bárbaro Scyta, al tostado Africano, al fiero Hotentote, al sanguinario Caribe, ni á los pueblos mas destituidos de civilizacion y cultura.

Si esto no basta para imponer silencio á la insignificante insensata charlatanería de una desgraciada porcion de miserables ilusos, que guiados por su orgullo intolerable, pretenden ser reformadores de los usos mas bien establecidos en todas las sociedades, y se convierten en oprobio de la humanidad racional y cuerda; nosotros que por la misericordia de Dios, respetamos y adoramos su doctrina sacrosanta, como dictada por un Oráculo infalible, que de ningun modo puede engañarse ni engañarnos, oigamos su consoladora palabra que por boca del Eclesiástico á todos y á cada uno de nosotros nos dice: *“Hijo llora sobre el muerto, y no desprecies su sepultura.”*

Benditas, pues, vosotras ilustres muy nobles Corporaciones; bendito tú Pueblo fiel, Pueblo leal, Pueblo agradecido de la Coruña, representado en las sagradas Autoridades que te presiden y te acompañan;

bendito tú cristiano, religioso Auditorio mio que has sabido cerrar siempre tus oídos á las crueles, perversas máximas de la impiedad, y oyendo solamente el grato eco de tu amor, fidelidad y gratitud te presentas en este Santo Templo, por segunda vez, con todas las señales de la compasion caritativa y de la piedad que anima tus generosos corazones.

Justas son vuestras lágrimas; justos son vuestros clamores al Dios de las misericordias; justo es que se mezclen vuestros suspiros con los fúnebres cánticos con que se implora la bondad del Eterno; justo es que vuestros votos cordiales se unan á los del venerable Ministro del Altar, al único Mediador entre Dios y los hombres, á la Hóstia inmaculada, pura, santa, inocente, y penetren lo más alto de los Cielos, para interceder, pedir, suplicar por el alma de MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON, juzgada ya segun la inflexible divina justicia, y llamada ante su excelso Trono, para rendir estrecha cuenta de su buena ó mala correspondencia, de su buen ó mal uso de los talentos que la habia repartido el gran Padre de familia. Sí, justo, santo, saludable pensamiento, es que tributeis á su sepultura este piadoso obsequio, este religioso homenaje, y este caritativo honor. Era

nuestra Reyna, era nuestra Soberana, era Madre de nuestro Rey, era Madre de nuestro Soberano; esto bastaria para exigir de vosotros estos magníficos sufragios tan imperiosamente, que aun cuando hubiera sido vuestra enemiga, no deberiais negárselos.

Confúndase la impiedad; averguéncese el indolente, el apático amor propio, perezcan los deseos de la envidia::: pero si por una desgracia me oye alguna de aquellas almas miserables, mezquinas y viles para quien solamente tiene valimiento la conveniencia presente, no me crea tan aislado en este momento, que para manifestar la justicia de estos cultos y sufragios necesite profanar el lugar Santo con los fétidos vapores de la adulacion y de la mentira, ni buscar ajenas alabanzas para formar el debido panegírico de mi Reyna y Señora MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON. Sus excelentes cualidades solo me dexan sentir la falta de mi talento para tratarlas como corresponde.

Nada tendria de extraño que habiendo manifestado ayer que ha sido una Reyna verdaderamente temerosa de Dios, siguiese hoy por los espaciosos floridos caminos, que este don del Cielo abre al Oradör sagrado para el mas justo desempeño de su obligacion; pero

ha llamado mi atención su amor benéfico, que me obligó á conceptuarla

UNA REYNA AMANTE DE SU PUEBLO.

Ya está propuesto el objeto de mi discurso.

Ojalá produzca los efectos que deseo. Los producirá sin duda si me asiste la gracia del Señor. La imploraré humildemente

A V E M A R I A.



EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

El Apóstol de las gentes, aquel hombre grande que el Señor por su infinita misericordia, separó de la infidelidad y obstinacion del Judaismo, haciéndole su vaso de eleccion , para ser en todo el mundo el predicador y maestro de la verdad , encarga encarecidamente á todos sus sucesores en el sagrado ministerio del Evangelio , que jamas se cansen de predicarla; no como quiera , sino instando importuna y oportunamente , arguyendo , convenciendo y reprendiendo en toda paciencia y doctrina ; porque pre-

veía el Santo Apóstol que llegaría un tiempo en que los fieles apartarian sus oídos de ella, y con arreglo á sus deseos buscarían maestros, que los lisonjeasen con las fábulas y cuentos que dictan las pasiones, y es necesaria toda vigilancia, todo trabajo, para que no tengamos que arrepentirnos de no haber dado cumplimiento á este sagrado precepto, y de haber callado cuando debíamos hablar.

Baxo este supuesto, no extrañéis, amados Señores míos, que una pequeña digresion me separe algun tanto de las pruebas fundamentales de mi proposicion, y que antes de entrar en ellas, os diga, que aun cuando tuviéramos los mas poderosos motivos (no tenemos el mas pequeño) para persuadirnos que MARIA LUISA hubiese sido una de aquellas Reinas, que enteramente olvidada de sus deberes, de nosotros y de sí misma nos hubiese hecho los mayores males, no por eso estaríamos autorizados para negarla el honor de su sepultura, ya la considerásemos como á una persona privada, ó ya como á nuestra Soberana. Las pruebas de esta verdad son bien sencillas y sabidas de todos los que no ignoran los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, y que desprendiéndose del dominio de las pasiones, oyen los

gritos de la razon y de la conciencia Baxo cualquiera de estos respectos que la consideremos, ya está juzgada, ya el justo Supremo Juez pronunció sobre ella su infalible sentencia. ¿De dónde, pues, nos podría venir á nosotros el derecho y la autoridad para juzgarla y penarla nuevamente?

Si la consideramos como una persona privada, sabemos que el sagrado Código del Evangelio nos impone la rigurosa estrecha ley, que nos manda *amar á nuestros enemigos, y hacer bien á los que nos han aborrecido.* ¡Filosofía sublime! filosofía sin duda chocante para la carne y para la sangre; mas no para la razon, que, aun en medio de sus mayores extravios, se vió obligada á reconocer á su vista la divinidad de su Autor. El nos ha dado el mas admirable exemplo para el mas exácto cumplimiento de esta máxîma sacrosanta, digna de su infinita bondad y sabiduría, bastante ella sola para derribar los ídolos, y para que su nombre y su Cruz sea exáltada en todo el mundo. Pendiente de ella exhalando los últimos suspiros de su preciosa vida á impulso de sus imponderables dolores, mas traspasada su alma con la ingratitude, rebeldia y obstinacion de los mortales, que su Cuerpo sacratísimo con las escárpas, las espinas y la

lanza, levanta al Cielo sus eclipsados moribundos ojos para decir á su Eterno Padre "*Perdónales Señor, porque no saben lo que hacen.*" ¿No bastaría esto para convencernos::?

Si la considerásemos como á nuestra Soberana, crecería mas y mas esta sagrada obligacion, como comprendida en la que nos impone el cuarto precepto del Decálogo, que nos manda obedecer, reverenciar y socorrer, no solamente á los padres que nos han dado el ser fisico, sino tambien á los que nos engendraron, nos alimentaron y nos socorrieron moral y políticamente, aun cuando distraídos por la fragilidad humana, no hayan desempeñado las obligaciones de su sagrado carácter. Dios no quiere que toquemos en manera alguna á sus ungidos. ¿Y cuáles serian las consecuencias de un modo de proceder contrario al que nos enseñan nuestras divinas leyes? ¡Horror! ¡desolacion! ¡confusion! ¡espanto! ¡pavorosas ruinas de la sociedad humana::::!!!

Los Reyes, los ungidos del Señor, los sagrados Depositarios de su poder *no llevan en vano la espada*, y aun cuando delante de un Dios, para quien *no hay aceptacion de personas*, y que hará que *los poderosos padezcan tormentos poderosamente*, sean como son res-

ponsables de todas sus operaciones, delante de los hombres conservan siempre un grado de dignidad, que los hace acreedores á nuestros respetos, veneraciones y obsequios, los cuales no les niega en parte alguna la sana política.

Así es, que San Pablo nos manda orar por nuestras Potestades, sin distinguir si son amigas ó enemigas, sin diferenciar entre las buenas y las malas. El Profeta Baruch mandaba á todo el pueblo de Israel en la cautividad de Babilonia, y le decia: *“rogad por la vida de Nabucodonosor, y por la de Baltasar su hijo.”* Jeremías no solo se lamenta de la muerte del piadoso Josias; sino tambien de las desgracias de su perseguidor Sedecias, y son bien notables sus palabras *“El unguido del Señor, dice, que era como el aliento de nuestra boca, ha sido prisionero por nuestros pecados. Ha sido prisionero aquel á quien decíamos: Nosotros viviremos entre gentiles debaxo de vuestra sombra. ¿Qué Rey puede hacer mas males que los que Saul ha hecho é intentado contra David? Sin embargo, no solo reprende ágríamente á su General ó Capitan Abner, porque no lo guardaba con la fidelidad que le debia; no solo castiga con la muerte al atrevido Amalecita, porque se gloriaba de haber*

contribuido á la de su Rey, sino que es tan vehemente el sentimiento que toma por su desgracia, que á pesar de que ponía fin á sus crueles persecuciones, en el transporte de su dolor, no solo llama á los hijos é hijas de Israel para que le acompañen en él, sino tambien á los montes, á las colinas y á los valles insensibles.

No lo extrañemos de la egemplar piedad de un David, si un César y un Alexandro no pueden contener sus lágrimas en la muerte de sus rivales, ni negar á su sepultura el justo tributo de los magníficos funerales, que imperiosamente les ha exigido su compasion.

La muerte, dice el abate Hervás, arrebatá al hombre de la compañía y vista de los vivientes sus semejantes, entre quienes no por eso muere su memoria. El hombre mas aborrecido en vida por sus maldades, despues de su muerte se hace comun objeto de compasion, y su nombre, cuando no haya sido infame, se suele honrar con el título de buena y feliz memoria. A la respetosa conmemoracion de los muertos parece concurrir, y estimularnos algun derecho natural; pues el uniforme pensar y obrar de las naciones bárbaras y cultas, en órden al obsequio

y á la veneracion que profesan á los muertos, son efectos de la naturaleza que en todas ellas habla.”

“Cuando se conocen los derechos de la sociedad, dice el erudito Caracciolo, se llora con los que lloran, y se regocija con los que se alegran. Se solicita todo lo que puede servir de consuelo á nuestros hermanos; se evita todo lo que puede causarles molestia, y se hace todo para todos á imitacion del grande Apóstol, guardando siempre modestia y circunspeccion.” En vano se precia de generosa un alma que no está poseida de estas ideas, y el pensar de otro modo, no es mas que dirigirse por los impulsos del insensato egoismo, y caminar sin guia por medio de las densas nieblas que forman las pasiones amotinadas.

Un amarguísimo mar de penas combate la generosa alma de nuestro *Soberano*. Cuando apenas su casto amor principiaba á enjugar las lágrimas, que le obligaba á derramar la triste y tierna memoria de su cara Esposa arrancada de sus brazos por la cruel inexorable parca en sus mas floridos años; cuando apenas acababa de levantar sus ojos del fúnebre Panteon, donde consideraba depositadas las pálidas cenizas del inocente objeto de todas sus caricias para aplicarlos

al cuidado de la Monarquía, un nuevo cuchillo de dolor abre segunda herida en su amante corazón. Su augusta Madre, la autora de sus días, á quien, cual hijo digno de ella, amaba tiernísimamente, también falleció, y en su muerte experimenta toda aquella pena de que es capaz un corazón sensible y religioso. El Trono vuelve á cubrirse de negro y pavoroso luto, la Corte renueva su justo sentimiento, los Pueblos reiteran las patéticas demostraciones de su amor y gratitud á ejemplo de la Capital, el respectable Sacerdocio se apresura en todas partes á ofrecer al Altísimo el Sacrificio de expiación. ¿Y podríamos nosotros ser abarros de nuestras lágrimas; podríamos regatearle los consoladores oficios de la piedad con los muertos?

No, Pueblo amado de la Coruña, no. Lejos de mí semejantes pensamientos. Cuatro años de observación y de continua experiencia me han hecho ver, que tu acendrado amor á tus Soberanos, es inaccesible á los tiros de la calumnia, y á los artificios de la impostura. He estado en medio de vosotros en los momentos mas críticos para probar vuestra lealtad. Os he visto en medio de las mas duras tribulaciones sostener con tesón inflexible los sentimientos de fide-

dad, que animan vuestros generosos corazones. He admirado con lágrimas de gozo vuestra constancia, heroyca, he implorado la bendicion del Cielo para vosotros como Ministro del Altar, y he dicho muchas veces: tu memoria será eterna. Las generaciones futuras mirarán como el modelo mas digno de imitarse la invariable fidelidad, que te caracteriza el profundo respeto á los ungidos del Señor con que procedes, y la justa gratitud con que correspondeste al indecible beneficio que el Cielo te dispensa en darte Reyes que te gobiernen, y te libren de los horrores de la anarquía, que los enemigos de la paz han querido introducir en vuestras casas, y en el seno de vuestras familias por medio de la calumnia, y de la impostura sediciosa.

Sin embargo, no me ha parecido demas haceros esta breve reflexion en confirmacion de las que he tenido el honor de haceros otras muchas veces relativas á este objeto, que merecieron vuestra aceptacion, y que á mi parecer, interesan, mas que otras, mi Ministerio.

Pero dexemos una hipotesis melancólica, que si tocada brevemente puede corroborar mis ideas, sostenida mas tiempo podria seros injuriosa, y acaso

á mí me haría sospechoso. Entreguémonos á los agradables y lisonjeros datos, que la realidad nos presenta para reconocer en nuestra *augusta Soberana* una Reyna amante de sus vasallos.

MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON muy lejos de haber sido nuestra enemiga, ha sido nuestra cordialísima amiga. ¡Ojalá nosotros hubiésemos sabido amarla, como ella nos amó á nosotros! Nos amó, sí, y nos amó tan tiernamente, que me falta tiempo y voces para deciros las luminosas pruebas con que nos ha manifestado su mas íntimo maternal amor. La mas negra perfidia, la mas vil y detestable intriga, que pudo haber tramado el mas tirano conquistador baxo especiosos pretextos de amistad sostenidos por una fuerza insuperable la arrancó del seno de sus amados Españoles. Su despejado talento conoció que no era posible evitar los crueles efectos de aquella bárbara infame política, que estudiada con la sagacidad de la mas desmedida ambicion, engañó á todos los Gabinetes de la Europa, y ha seducido á los talentos mas cultivados; pero su obstinado empeño en malquistarla con nosotros, como á nosotros con ella; los papeles seductores del mas falaz impostor esparcidos por todas partes, el medio vil que ha tomado para

darles el valor que nunca pudieran tener baxo el nombre de sus verdaderos autores, publicándolos baxo los de aquellos Españoles, que á su parecer merecian mas concepto en la Nacion, la tenacidad de los secuaces del sanguinario inhumano despotismo; y en fin la imponente série de sucesos los mas tristes y melancólicos, nada fue bastante para que dexase de derramar amargas lágrimas, quando llevo á ver que le era indispensable tener que desprenderse de su Real Casa, de su Sereníssima Familia, y de sus caros Españoles.

A mi me parece que en aquellos momentos de tribulacion y de angustia levantaria al Señor su religioso corazon, y le diria estas ó semejantes expresiones: *“á Vos Dios mio pido justicia contra mis perseguidores; pelead Vos contra los que pelean contra mí y contra mi Pueblo. Empuñad vuestras armas, abrazad vuestro escudo; levantaos para socorrerme. Desenvaynad vuestra espada, y cerrad contra los que me persiguen, porque no les he dado motivo alguno para ultrajarme, y sin la mas pequeña razon, me armaron los cautelosos lazos en que pretenden arruinarme::: Yo complacia à mis aborrecedores como si fueran nuestros hermanos; tomaba el mismo interes en sus felicidades, que aquel que llora para consolar al afligido; pero ellos se alegraban de mis*

males y cuando menos lo pensaba, descargaron sobre mí la tempestad de sus inicuos consejos:::: Me hablaron en tono de amigos, y al mismo tiempo poseidos de una oculta rábia, no piensan sino en engañarme con una falsa confianza:::: ¿Cuándo, pues, Dios mio, volveréis vuestra vista misericordiosa al triste estado en que me hallo? Librad mi alma de la malignidad de estos fieros leones, no permitais que mi vida esté mas tiempo pendiente de su arbitrio.”

No pudo lograr nuestra augusta afligida Soberana sus deseos. El Cielo, para quien no hay casualidades, habia dispuesto otra cosa; pero lo cierto es, que contra todo aquello, que la prudencia humana podia esperar de la política de su Tirano opresor, no tardó mucho en salir de su presencia, y en retirarse á Roma, donde nada le lisonjeaba tanto como la noticia de las ventajas que las armas Españolas conseguian sobre las feroces águilas del Imperio Francés.

Preséntasele allí un leal prisionero Español, bien convencido del amor, que sus vasallos la debian para implorar su Real proteccion, y despues de haberle socorrido francamente con su misma casa, con su mesa, y con abundante dinero para surtirse de cuanto necesitaba con toda aquella dulzura y afabilidad,

que le era característica, le dice en union con su caro Esposo: "Hijo mio, mira si puedes volverte á España. Nuestro amado Hijo FERNANDO luego pondrá fin á estas cosas, y entonces tendrás el premio, que mereces; porque nuestra situacion no nos permite el dár-telo." Trató el fiel prisionero de llevar á efecto una exhortacion tan digna de sus antiguos Soberanos; mas no habiendo podido conseguirlo, apurados todos sus arbitrios, y agotados los copiosos socorros, con que habia sido favorecido, segunda vez vuelve à implorar sus Reales auspicios, segunda vez es recibido con la misma afabilidad y amor. No contentos con esto los Reyes Padres, le recomiendan á los Soberanos de Sicilia para su colocacion, y estos le reciben con tanta benignidad, que derramando lágrimas sobre su desgraciada suerte, le colocaron en uno de los mejores puestos del Reyno, como es el gobierno del fuerte del Pozallo en Palermo, á pesar de ser muy superior á su graduacion, que no era mas que la de un Capitan.

Refiero este solo hecho tan circunstanciadamente; porque precisamente recae sobre un digno hijo de la Coruña, cuyo honrado Padre vive aun, y es fiel testigo de esta verdad, que he oido de sus mismos labios con la mas viva demostracion de su gratitud en

medio de las lágrimas, que la memoria de su hijo muerto le obligaba á derramar; y aunque de un hecho particular no siempre se pueden deducir consecuencias generales, este es muy suficiente para darnos la mas segura idea de que el tierno amor de MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON ha sido tan constante y fino, que ha triunfado de la ausencia, su mas cruel madrastra, y de los mayores reveses de la ciega é inconstante fortuna, que ella miraba y respetaba humilde como sábias y justas disposiciones de un Dios, que al paso que todo lo toca con mano fuerte desde el uno al otro Polo, desde el Oriente al Ocaso, desde el Zenit al Nadir, todo lo dispone con suavidad, número, peso y medida, y todo lo registra en sus incomprendibles designios.

En Roma, sí, en Roma; en aquella populosísima ciudad, en donde se presentaron á su vista tantos agradables objetos de racional distraccion, como la adornan; en aquel sagrado depósito de las mayores preciosidades del mundo antiguas y modernas; en aquel Empório del Orbe cristiano, en donde el curioso y literato observador encuentra á cada paso los mas interesantes motivos para excitar su atencion; en aquel mundo abreviado, en donde la naturaleza y el

arte, lo divino y lo humano, se reúnen, y presentan á las potencias y sentidos lo mas bello, lo mas grato, lo mas santo, que hay sobre la tierra para arrebatarse el gusto; ni aun allí se olvidó MARIA LUISA de sus amados Españoles. Aun allí deseaba que, á no permitirle algunas justas causas el venir á acabar sus últimos dias entre ellos, á lo menos sus cenizas fuesen traídas á descansar en aquel Sepulcro, que en tiempos mas felices habia marcado con sus delicadas Reales manos, como su última pertenencia.

Dexémosla aquí entregada á sus religiosas contemplaciones, considerando la grandeza de un Dios que tiene en su mano la suerte de todos los mortales, sosteniendo, en unión con su augusto Esposo, la magnificencia de los hospitales destinados en Roma y en Nápoles al socorro de los Españoles, y ganando con su ilimitada beneficencia los corazones de los agradecidos Romanos. Observémosla en Madrid en su mayor grandeza.

A la verdad, si ésta no es el mayor de los escollos en que suele tropezar y caer la virtud mas acrisolada, es sin duda uno de los mas formidables. Job en el muladar bien ha sido virtuoso; pero Adán en el Paraíso ha sido ingrato y soberbio. El Evange-

lio nos obliga á formar una idea de la riqueza y prosperidad temporal capaz de estremecer al alma menos sensible que no ha tenido la desgracia de perder la fé. *Es mas facil que un Camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reyno de los Cielos.* ¡Terrible sentencia, cualquiera que sea la significacion que quiera dársele á la voz Camello! pero Dios la pronunció, y esto basta. Si fuese preciso dar mas testimonio de esta verdad, recurriria yo á la experiencia, y esta demostraria facilmente la dificultad, no solo de ser perfectos los hombres, sino aun de cumplir las primeras principales obligaciones de la ley. Facil seria entonces demostrar que la mayor parte de los ricos vuelven la espalda al Señor. ¿Y qué? Serán malas las riquezas? No por cierto. Ni el Evangelio, ni la Religion se han reñido jamas con ellas. Dios las ha criado para el servicio del hombre, y algunas veces son la recompensa temporal de la inocencia, sin perjuicio de la eterna. El abuso que de ellas se hace; esto es lo malo; esto lo prohibido; esta la causa funesta de las grandes dificultades, que hay en ellas, para entrar en el Reyno de los Cielos. ¿Mas quién será aquel que no abusa de las riquezas? ¿Quién será aquel que desvanecido en ellas no ha formado un ídolo de sí

mismo, y colocado en los sacrilegos altares de la ambicion y de la avaricia, no ha exigido inciensos profanos, humillaciones injustas, honores indebidos del pobre, del miserable y del desvalido; en lugar de considerarse su padre, su protector y su amparo? ¡Qué pocos son los que estan libres de la mancha fea y horrorosa de la ingratitud, con que corresponden al beneficio que la sábia Providencia les ha dispensado! ¡Qué raros! ¡qué contados! ¡Cuánto mas raros! ¡cuánto mas contados! si de este corto número se rebajan aquellas fantasmas de la piedad y de la misericordia, que solo por una vana ostentacion se desprenden de algunas cantidades, ó tal vez por hacer servir á sus depravados fines al necesitado!

Son muy raros. Es preciso confesarlo; pero por raros que sean, es forzoso que la mas severa crítica admire comprendida en este tan corto, como dichoso número á nuestra augusta SOBERANA MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON. El amor de su Pueblo firmemente apoyado sobre el sólido cimiento de su humildad, y de su temor de Dios, jamas la permitió desvanecerse; jamas su grandeza, su prosperidad, el oro y las inmensas riquezas de que podia disponer, han sido bastantes para que dexase de mirar á sus súbditos como á unos

hermanos suyos, ni para que dexase de dispensarles, como á tales, sus magnificas liberalidades. ¿Quién será capaz de contar sus limosnas? ¿Quién ha implorado la caridad de MARIA LUISA, que haya salido desayrado de su presencia? ¿Cuál ha sido el pobre á quien no ha socorrido? ¿Cuál ha sido el triste, á quien no ha consolado hasta el extremo de derramar con él tiernas lágrimas de compasion?

El Trono de MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON, por alto y elevado que estuviese, jamas ha sido uno de aquellos tronos, á quienes la misantropía, el génio adusto, el imperioso orgullo, el fausto y la ostentacion de la Soberanía, hace inaccesible á los clamores y representaciones del infeliz, miserable desvalido; mas bien que trono de una Reyna de dos Mundos, cuyo vasto imperio acaso no conocia igual por su grandeza, riqueza y extension, podia y debia llamarse el trono de la piedad, de la benignidad y de la misericordia. La Nacion toda es fiel testigo de que, mas bien que como una Soberana, se presentaba en él, como una Madre amorosa, que recibe á sus hijos en el seno de sus inocentes caricias. ¡Con qué ternura, con qué dulzura, con qué expresion, con qué afabilidad no los animaba, no los exhortaba á que la expusiesen sus necesidades!

¡Con qué empeño, con qué energia no defendia y sostenia su justicia! ¡Con qué paciencia no oia sus quejas! ¡Cuántas veces se anticipó á sus mismos deseos ampliando las gracias que solicitaban para resarcir los perjuicios, que les habia causado la intriga y la maldad del poderoso! ¡Con cuánta clemencia, con cuanto celo interponia su poderoso valimiento, cual otra Esther para defender al inocente de la perfidia, enredos y artificios de los orgullosos Amanes! ¡Con qué prudencia, cual otra Abigail, no interponia sus sábios consejos, sus ruegos y sus súplicas en favor del desgraciado delincuente, para suavizar el rigor de la pena merecida!

Mas ¿qué mucho que haya sido tan benigna, tan generosa, tan afable, tan dulce con los que humildes imploraron su proteccion, si ha sido tan magnánima, que ni aun las injurias mas atroces han sido capaces de excitar en su corazon la cólera, la indignacion ni el menor deseo de venganza. ¡Ah:::!!! La prudencia me impone silencio en este momento con dolor amargo de mi corazon. Procuraré imitar su heroica clemencia, aunque me sea sensible no poder manifestaros por esta causa las sublimes ideas, de que se alimentaba su grande alma. Facil seria poner

poner á vuestra vista una esclarecida Heroína, que si como las *Déboras*, no ha capitaneado sus egércitos, ó como las *Jaeles*, no ha traspasado con gruesos clavos las cabezas de sus bárbaros enemigos, por lo menos ha sabido conducirse como una fiel imitadora de *Jesucristo*, perdonando las ofensas, sujetando los movimientos de la ira, sufocando los mas fuertes impulsos de la carne y de la sangre, y negándose á sí misma. Ni aun injuriada pudo ser sorprendida con el fatal veneno de la adulacion, por mas que se le haya presentado en las doradas copas de la rectitud, y en el disimulado licor de la justicia. Aun entonces ha rendido el mas dificultoso obsequio, y el mas costoso sacrificio á la bondad, á la clemencia y al amor de su pueblo.

Esta bondad, esta clemencia y este amor, era quien la enseñaba á desentenderse de todo el boato, espléndor y magnificencia de su Real Palacio, para no desdafiarse de entrar en las lóbregas mansiones de las cárceles; no para confundir á los infelices delinquentes con el terrible ceño y ostentacion de la magestad ayrada, sino para hacerles menos graves y tristes sus pesadas cadenas, ofreciéndoles su proteccion en lo posible, consolándolos con las mas oportu-

tunas cristianas reflexiones, exhortándolos al sincero arrepentimiento de sus delitos, poniéndoles presente que nuestro Dios es un Padre tan amoroso y tan benéfico que nos permite que aun de aquellas calamidades en que nosotros mismos nos hemos precipitado, podamos labrarnos inmarcesibles coronas de gloria eterna, en cuya comparacion nada valen las pasiones del mundo, cualquiera que sea la causa que las ha producido, si humildes, rendidos y sumisos imploramos su gracia para soportarlas.

Esta bondad, esta clemencia y este amor de su Pueblo fué quien la obligó á establecer, á organizar y mantener una magnífica sala en la carcel de Corte, que aun se conserva con el nombre de *Sala de Reservadas*, surtida con el mayor esmero de cuanto podía necesitarse para el noble, piadoso, caritativo, interesantísimo objeto á que la habia destinado; que era el auxiliár con el mas escrupuloso sigilo á aquellas jóvenes desgraciadas á quienes un delincuente placer, una pasion indiscreta, ó tal vez una extremada indignidad habia reducido al triste estado de llorar perdida su virtud, su honor y su colocacion.

Esta bondad, esta clemencia y este amor era quien interrumpia su mas preciso descanso para visi-

tar á estas infelices; no para reñirlas con aquella aspereza que dicta la imprudencia, la soberbia y el olvido de la fragilidad humana, sino para exhortarlas con benignidad á que mejorasen su vida haciéndolas presente cuales son las consecuencias de semejantes extravíos á vista de su misma experiencia; pero siempre consolándolas, y aun llorando con ellas su lastimosa situacion, velando sobre la conservacion de su vida y la del inocente fruto de sus caprichos, cuidando de sus respectivos alimentos y subsistencia; procurando los medios de conservar la reputacion de las madres y el amparo de los hijos.

Esta bondad, esta clemencia y este amor de su Pueblo era quien la habia dictado su glorioso empeño en mejorar la suerte de los desgraciados Expósitos, como ella decia, y como efectivamente lo ha conseguido, mirándolos siempre como á los Benjamines predilectos de su beneficencia imponderable. MARIA LUISA no se contentó, por cierto, con asegurar mas y mas el asilo que los defendia de los inminentes peligros de perder su vida, á que los exponian sus crueles padres, con estimular fervorosamente la frialdad de las personas extrañas que los asistian, con mejorar sus alimentos y vestidos, con tomar las mas sábias

y sérias providencias para su lactancia , con acariciarlos estrechándolos en sus brazos ; sino que pidió, una y otra vez, rogó , intercedió y obtuvo de su augusto Esposo que fuesen declarados como hijos legítimos y capaces de optar, como tales, á cualquiera destino á que su mérito los hiciese acreedores, á cuyo fin estableció, dotó y arregló otra excelente casa para su virtuosa correspondiente educacion, logrando de este modo hacer de estas tristes víctimas del amor impuro y delincuente, otros tantos miembros y brazos útiles á la Religion , á la Patria y á sí mismos.

Esta bondad , clemencia y amor de su Pueblo era quien la obligaba á derramar á manos llenas continuas y numerosas cantidades para el socorro y mas perfecta asistencia de los enfermos en los hospitales General y de Pasion , en las Casas de Recogidas y Arrepentidas, en los Hospicios , en los Conventos y en las Casas particulares.

Esta bondad , clemencia y amor de su Pueblo era quien entre otras benéficas máximas con que cultivaba los tiernos corazones de sus amados hijos , les decía: *“Hijos míos, los Reyes y los Príncipes afligen en gran manera á sus súbditos con un semblante sério y ceñudo; quando se hallen en vuestra presencia, procurad estar placenteros y agradables.”*

Esta bondad, esta clemencia y este amor á su Pueblo::: ¿pero qué? ¿acaso intento poner á vuestra vista todos los rayos de la bondad, clemencia y amor de MARIA LUISA DE BORBON Y BORBON para con sus amados Españoles? No acabaría. El tiempo es demasiado breve. A pesar de mis toscas y mal limadas expresiones, creo haber dicho lo que basta, para que conozca vuestra profunda penetracion, que á no querer mancharnos con el feo borron de una enormísima ingratitud, debemos llorar su muerte, y cuidar del honor de su sepultura, como de una de las mayores heroynas que honraron nuestro Sólío, y que han favorecido á su Nacion con singular extraordinaria beneficencia, muy semejante por ella y por su piedad, no solamente á las Isabeles Españolas, de quienes se ha dicho con justísima razon, que no ha habido cosa grande en su tiempo en que no hayan tenido parte, sino tambien á las de Portugal y de Ungria; bien diferente de las de Inglaterra.

Llorémosla, sí, llorémosla. Acompañemos en su filial amargo llanto á nuestro augusto Soberano que llora la muerte de la autora de sus dias; á los Reynos de Etruria, Portugal y de las dos Sicilias, que sensibles á la gratitud, no pueden dexar de llorar la

muerte de una Madre que les ha dado Reynas, que hacen sus delicias por su sabiduría y bondad; á las Señoras ilustres de la Corte, que ya no la miran á la cabeza de su Benéfica Económica Sociedad; al triste desvalido que ya perdió este seguro apoyo de sus solicitudes; á la distinguida Nobleza del Reyno, que ya no puede dar á sus hijas los brillantes empleos que les proporcionaba su numerosa servidumbre; á la desgraciada jóven que ya no tiene este amparo en su desconsuelo; al postrado en la cama de su dolor que experimenta la falta de su cuidado en su asistencia; al miserable indigente que ya no lleva á su casa las generosas limosnas, con que enjugaba las lágrimas de su afligida familia; á la virtuosa doncella que ya no espera sus auxilios para su decente colocacion; á la honesta casada que ya no puede recurrir á su proteccion para retraer á su esposo distraido; á la naturaleza entera que es forzoso se resienta de haber perdido la mas ilustre defensora de la mas hermosa, de las mas perfecta, de la mas interesante de sus producciones, del hombre abandonado por el hombre mismo; ¿cuándo? ¿Ah! ¡Dios eterno! ¡Dios justo! ¿No tendreis presente esta misericordia de vuestra sierva MARIA LUISA? precisamente en el momento en

que el hombre de todo carece , y nada tiene en el momento en que todo conspira á su muerte, y á privarle de una vida que todo un Dios Omnipotente ha querido darle por su infinita misericordia, padeciendo y muriendo por él ; á la Iglesia á quien honraba con la mas pública y constante profesion de su Fé; á la Religion de quien se gloriaba ser hija , y cuyo distintivo apreciaba mas que su Imperio ; á la Patria, en fin , que sin ser ingrata no puede dexar de sentir la muerte de su Madre universal.

Lloremos; pero no sean nuestras lágrimas aquellas lágrimas vanas, estériles, imprudentes que solo tienen por objeto unos bienes terrenos, un honor perecedero, una vida que no pasa del sepulcro. Dexemos que los *muertos entierran á sus muertos* de este modo. Nosotros lloremos con lágrimas de caridad compasiva, con lágrimas que tengan por objeto su eterno descanso.

AMEN.

P R I M E R A

ORACION PANEGÍRICO FÚNEBRE

QUE

EN LAS REALES EXEQUIAS

DEL REY CATÓLICO

EL SEÑOR DON CARLOS IV,

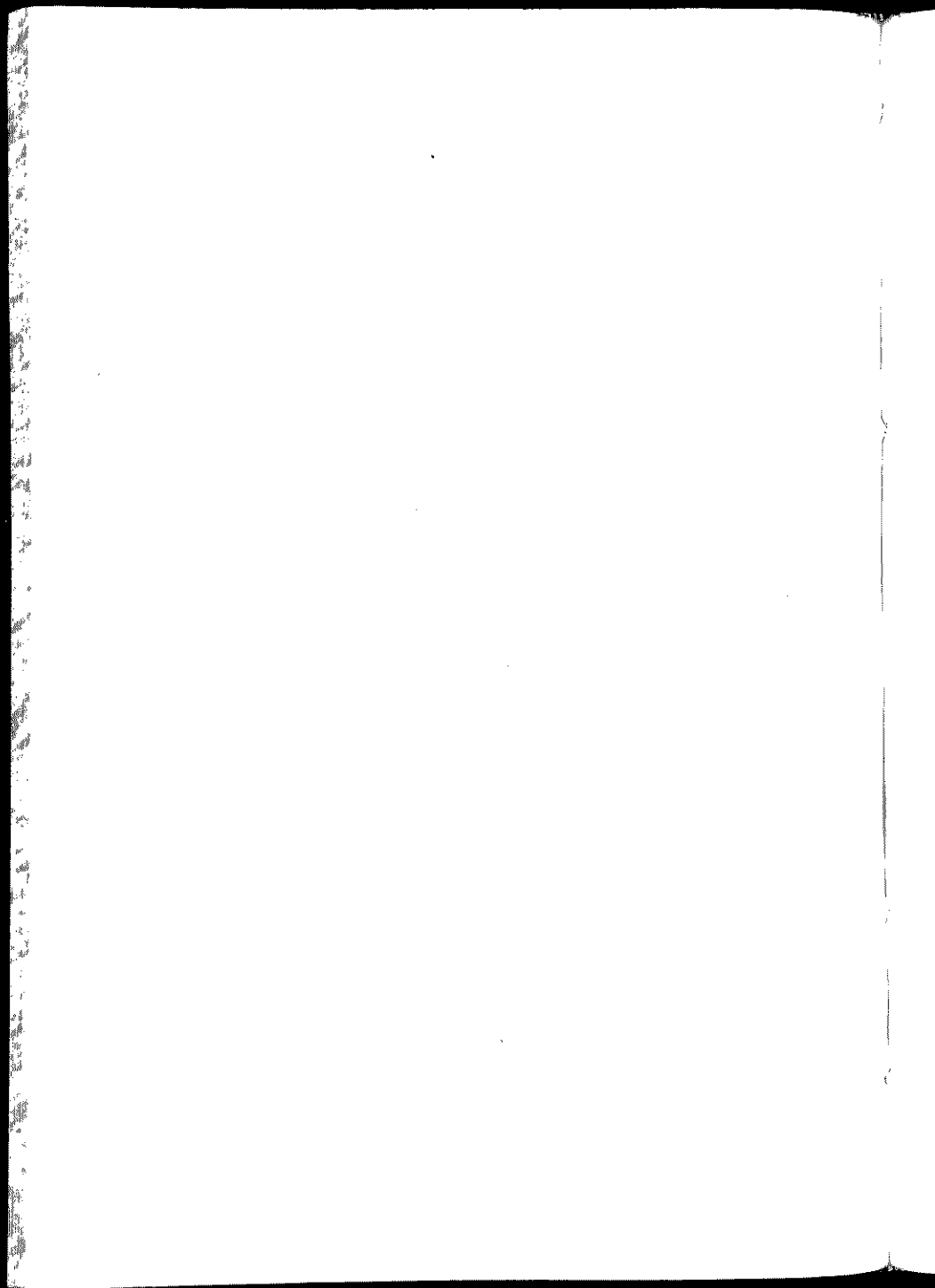
CELEBRADAS

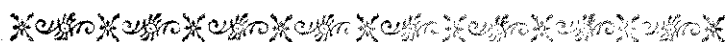
POR LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE LA CORUÑA

EN LOS DIAS 12 Y 14 DE MAYO DE 1819,

D I X O

*DON JOSE COYOS IGLESIAS,**Capellan Párroco por S. M. del 4.^o Regimiento del**Real Cuerpo de Artillería, y actual Director**de la Inclusa de la misma Ciudad.*





Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus mee.

Andaba con inocencia de mi corazon en medio de mi casa. Psalm. 100. V. 3.º

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

Bendito sea el Dios de nuestros Padres; bendito sea el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; bendito sea por siempre y para siempre aquel Dios grande, aquel Dios inmenso en bondad, sabiduría y misericordia, que como si nada hubiera hecho en habernos quitado de los abismos de la nada, en habernos criado á su imágen y semejanza, en habernos hecho superiores á todos los seres que nos rodean, en haberse vestido de nuestra miserable naturaleza venciendo las mayores dificultades, y uniendo los extremos mas distantes, en haber satisfecho por ellos á costa de su preciosa vida franqueándonos las puertas

eternales que nos habían cerrado, no permite que se aparte de nosotros esta Religion Santa, pura, inmaculada que nos enseña á adorarle *en espíritu y en verdad*; que cual brillante estrella nos guía en la obscuridad de la noche en que nos envuelven nuestras pasiones; que cual benéfica nube nos defiende de los ardores de la concupiscencia en los abrasadores caminos del mundo, y que cual vínculo indisoluble y fuerte nos ata, nos liga dulcemente en sociedad constante, que ni aun la pesada y penetrante cuchilla de la muerte puede desatar ni romper.

¡Religion divina! ¡Religion amable! Tu sola eres la que puedes consolarnos á la vista de estos fúnebres aparatos. Tu sola eres la que puedes darnos aliento, para respirar en el asombro y pasmo que debe causarnos la contemplacion séria de un sepulcro. Si tú nos faltas ¡miserables de nosotros! y suspendemos la lápida que le cubre, nada vemos, nada percibimos en sus lóbregas interioridades, mas que gusanos hambrientos que luego perecen; porque luego falta la hedionda materia de que se han formado, y el asqueroso pasto de que se alimentan. ¡Unos huesos áridos y secos, unas pocas cenizas pálidas y yertas, una pequeña porcion de polvo, un *nada!* ¡En esto han pa-

rado todos los grandes Señores, los Potentados, los Reyes, los Monarcas, los Soberanos! Sí, ya no existen. Todo su boato, toda su nombradía, toda su grandeza, todo su esplendor:::: ¡Ah!:::: Sí:::: aquí ha parado. Todas sus brillantes luces aquí se apagaron. Esas gruesas Lápidas, esos suntuosos Mausoleos, esos magníficos Panteones también serán víctimas del tiempo devorador. Los nombres solos de algunos de sus dueños se conservarán algunos años mas. ¿Para qué? Acaso para ser objetos de exêcracion à su posteridad, que juzgará de ellos segun le acomode; tal vez confundiendo la virtud con el vicio, y el heroismo con el delito, reduciendo á una estéril y vana memoria todos sus premios, cuando sea mas justa y generosa con ellos.

Pero tú ¡O Religion sagrada! aun á la presencia de un sepulcro, de un féretro excitas en nosotros una idea consoladora. Aun allí nos haces superiores á nosotros mismos. Tu nos haces ver, que los que allí yacen, no son infelices, sino cuando se han separado de nosotros aletargados y obstinados en su impiedad. Tu nos aseguras de que solo entonces es cuando la parca inexòrable triunfó de los que vivian. Tu nos manifiestas que el justo, el piadoso, el inocente no

muere , sino que *duerme* en el Señor , descansa en paz. Tu nos convences que nada ha hecho mas que arrojar á la tierra un cuerpo *corruptible enteramente animal*, no para perderlo para siempre , sino para entregárselo un dia , y ser vestido de la inmortalidad que posee el espíritu que le animaba.

Yo seguiré tus pasos ; oiré tus lecciones , y á vista de ellas procuraré manifestar á mi piadoso Auditorio , que debe consolarse en el justo sentimiento, que le causa la muerte de su augusto Monarca ; porque si su cadáver pagó á la naturaleza el tributo que la debia desde el momento en que principió á existir sobre la tierra ; su alma , su grande alma pasó á otra vida mas feliz , en donde la inconstancia , la adversidad y las vicisitudes no alteran su suerte dichosa.

Tal es , Excmo. Sr. , insignes ilustres Corporaciones, la grata idea que nos obligan á formar las cristianas cualidades que adornaron á CARLOS IV. El tiempo que puedo detenerme aqui, es demasiado breve para discurrir por todas con la detencion que merecen. Me limitaré á decir que ha sido

UN REY INOCENTE.

Este es el punto de vista á que dirijo mis sencillas reflexiones. Imploramos la gracia que necesitamos.

A V E M A R I A.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

El mundo es tan loco en sus caprichos, tan preocupado en sus opiniones, y tan extravagante en sus censuras, que el hombre sensato colocado en medio de él, apenas puede volver su vista á parte alguna, donde no encuentre lastimosos extravíos de la razon, que le obligan á derramar continuas amargas lágrimas como á Heráclito, ó multiplicados disparates que excitan su risa, como á Demócrito. Desentendiéndose enteramente de el principio de donde proviene, del sitio donde está, y del parage adonde se dirige; todo entregado á las impresiones que reciben sus sentidos débiles por su naturaleza, y mucho mas enervados por sus fatales preocupaciones, no sabe juzgar sino con arreglo á ellas de la bondad y malicia de las cosas. Hace alarde de su afectada ignorancia; huye de cuanto pueda desvanecer sus delirios; gradúa como laudables las operaciones de la iniquidad; mira con ceño y arrugada frente las dulces leyes de la virtud; ensalza los proyectos de la injusti-

cia ; abandona las máximas de la equidad ; erige templos á los mas horrendos vicios , desprecia las sendas del verdadero honor ; coloca en sacrílegos altares á los mas detestables agresores ; insulta al verdadero sábio , y solo piensa en sacrificarlo todo á su torpe y grosera sensualidad.

No me lamentaré ni diré que este general desorden y trastorno de las leyes sábiamente establecidas por el Autor de la naturaleza y de la gracia , sea peculiar de nuestros dias. No tenia el mundo de edad mas que mil seiscientos cincuenta y seis años cuando toda carne *habia corrompido su camino sobre la tierra*, y obligó á todo un Dios, arrepentido de haber hecho al hombre en ella , á que la purificase de las iniquidades que la cubrian con un Diluvio universal , que ahogó todos sus vivientes en medio de sus aguas *desde el hombre hasta los animales , desde los reptiles hasta las aves del Cielo* , exceptuando solamente al justo Noe y á su limitada familia. ¡Tristes funestas consecuencias de la culpa cometida en el Paraiso por sus primeros y únicos habitantes!

Dexando á parte los vergonzosos extravios del Paganismo , que son el oprobio de la humanidad , aun en medio de la ostentosa , decantada ilustracion de

Egipto, Roma y Atenas; si volvemos la vista al Pueblo de Israel, que el Señor escogió entre todas las Naciones del universo para ser adorado y reconocido en él, le hallamos tan infiel, tan ingrato, tan obstinado, que no parece sino que ha formado un decidido empeño en cerrar sus ojos á la brillante luz de los continuados beneficios con que el Señor le distinguía, y á los multiplicados estupendos prodigios que á cada paso obraba en medio de él, para mostrarle las sendas por donde debia caminar, y el único objeto á quien debia todos sus cultos y adoraciones. Este Pueblo siempre grosero, siempre estúpido, siempre carnal, no sabia ni queria oir la voz de la justicia ni de la razon, sino cuando los mas terribles eemplares castigos le obligaban á volver sobre sí mismo, y á reconocer su miseria.

El Pueblo cristiano, mientras que gimió oprimido baxo las pesadas cadenas del cruel y bárbaro gentilismo, mientras que apenas podia pronunciar con libertad el nombre sacrosanto de su Redentor, como no fuese en los subterráneos, en las casas particulares, en los destierros, en las cárceles y en los suplicios, aunque no tardó mucho tiempo en mancharse con sus prevaricaciones; sin embargo con la sangre

de innumerables Mártires regaba y fecundizaba la tierna planta del Evangelio, que unida con la penetrante voz de sus Pastores, derribaba los ídolos de los altares, substituía en su lugar la Cruz de Jesucristo, hacia respetar la verdad, á pesar de los esfuerzos del infierno, sin mas armas que la inocencia de las costumbres; y la hermosa amable virtud parecia volver á la posesión de sus inviolables derechos.

Pero despues de la gloriosa paz de Constantino; despues de este tiempo en que se han sosegado felizmente las borrascas furiosas de la idolatría en que fluctuaba la Nave de San Pedro; cuando la hija de Sion debia poseer en lleno todo el honor, gloria, obsequio y homenages que le son debidos; sus mismos hijos se han empeñado tanto en disgustarla, en affigirla y en prostituirse á sus vicios, que apenas la dexan lugar, mas que á lamentarse como Raquel desconsolada. Entregados á los impulsos de sus apetitos, semejantes á aquellos Soldados antiguos de Israel, que al parecer salian animosos á pelear las batallas del Señor, y llevaban escondidos baxo sus túnicas los ídolos á quienes tributaban los afectos de su corazon, parece que no se visten de las exterioridades religiosas, sino para vivir impunemente en el des-

órden , en el vicio y en la corrupcion. Aun aquellos Pueblos que , por todas razones, debieran ser los modelos de la virtud , parece quieren que el ídolo de Dagon y el Arca de la Alianza sean adorados á un mismo tiempo , y sobre un mismo Altar.

Las Cortes , cuyas costumbres se derraman y extienden por las Provincias, como el rocío y la lluvia sobre la tierra , es en donde principalmente egerce el vicio su tirano imperio; donde la virtud está mas oprimida ; donde la inocencia se halla tan expuesta á perderse , que el conservarla es un prodigio no menos digno de celebrarse , que aquel con que los jóvenes de Babilonia caminaron ilesos por medio de las voraces llamas.

El claustro y el desierto tienen, sin duda, sus formidables peligros ; porque el hombre hijo de ira por naturaleza, los lleva consigo á todas partes. *Si alguno dice que no tiene en sí pecado , miente ; á sí mismo se seduce , y la verdad de Dios no está en él;* pero en las Cortes se multiplican estos peligros por otros tantos pasos como hay que dar en ellas, y estos son infinitos.

Considerad ahora , amados Señores míos, cuántos peligros , cuántas asechanzas , cuántos lazos no tendría que superar , que descubrir, y que romper la

virtud de CARLOS IV para que su inocencia no hubiese caído en ellos. ¡Cuántas veces no se habrá visto obligado á exclamar, y decir como el Profeta Rey: *“Por todas partes me rodean los impíos, y segun vuestros impenetrables juicios permitís que se multipliquen los hijos de los hombres, aquellos que dixeron ensalzaremos nuestra lengua, nuestros lábios de nosotros reciben su movimiento ¿quién es nuestro Señor?”* Su alma sumamente dócil, su corazon el mas sencillo ¿quién podrá decir con palabras bastante expresivas la prudencia de que CARLOS necesitó armarse, para que su inocencia no fuese víctima de las máximas perversas del mundo, que habiendo quitado la máscara al vicio, se lisonjeaba, de que las pasiones, no menos que la idolatría en Roma gentílica y conquistadora, tenían tantos templos, como habian adquirido sectarios?

Cuando, al abrir los ojos de su razon, su despedido talento ha conocido que estaba próximo á ceñir sus sienes con la magnífica corona de un Imperio que iba á poner á sus plantas diez y ocho millones de hombres, y que solo él podia compararse con el de Salomon en su mayor opulencia; cuando ha visto que le estaba preparado un cetro, que pasando mas allá de las Columnas Herculinas, domina los mares, y

extiende su poder á los últimos términos del Orbe; cuando ha visto que habia nacido Príncipe de Asturias, y que como tal tenia un inviolable derecho para entrar muy presto en la total y absoluta posesion de los inagotables tesoros y de las ricas, preciosas, inmensas producciones de dos Mundos; cuando ha visto que las grandes y altas Potencias levantadas sobre las ruinas de los Egipcios, Griegos, Persas, Romanos y otras Naciones belicosas y conquistadoras, despues de haber celebrado su nacimiento, se disponian á ofrecerle sus respetos; cuando ha visto que su nombre era celebrado y respetado no en un Pueblo, no en una Provincia, en un Reyno, en una Nacion, sino en los cuatro ángulos del universo, ¿quién no hubiera temido que á no decir desvanecido como el impío famoso de la Escritura: "*Pondré mi Trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo*" á lo menos su inocencia no se hubiese perdido entre las espesas nubes que forman los densos vapores de la adulacion? Alexandro no ha tenido mas motivos para persuadirse que debia ser adorado en los Altares, á pesar de todas sus conquistas.

Sin embargo, CARLOS jamas se ha exáltado, jamas dexó de reconocerse hombre mortal, jamas esperó á

que una enfermedad ó los dolores de una herida le hiciesen conocer que era posible como á aquel ambicioso; y su inocencia ha sido en toda su lozana juventud tan manifiesta como egemplar. La fragilidad humana pudo alguna vez arrastrarle á cometer alguna culpa delante de aquel gran Dios *que halla maldad en sus Angeles*, y que permite que aun sus escogidos tengan algunos deslices por sus fines incomprehen- sibles; pero jamas se ha descubierto en CARLOS la me- nor inclinacion á vicio alguno, y semejante á un Daniel en medio de la corrompida Babilonia; obser- vaba un tenor de vida siempre irreprehensible á la vista de los hombres.

Es verdad que ha tenido la dicha de nacer hijo de un CARLOS III. Y DE UNA AMALIA DE SAXONIA, cuyo escrupuloso cuidado en su religiosissima educacion solo descansaba, cuando le ponian al de los Ayos, Maestros y Directores mas sábios y mas piadosos, que sus paternales cuidados han podido hallar en España y fuera de ella. No lo es menos, que por un feliz temperamento de su naturaleza, aborrecia la im- piedad; que le ha cabido en suerte una preciosa alma, que amante de aquella sabiduria que tiene por principio el temor de Dios, solo aspiraba á adornar

se con el candor y perfección de las virtudes sobrenaturales; mas con todo eso, si no hubiera llamado en su socorro los auxilios de la gracia para que dirigiese sus pasos; sino hubiese tenido una profunda sumision para dexarse regir por sus impulsos, estas disposiciones por apreciables que fuesen, no hubieran bastado para conservar su inocencia; y le hubieran hecho mas responsable, por no haber usado de ellas como correspondia.

Pero CARLOS imploraba los auxilios de la gracia; y reconociendo que solo ella podria darle la victoria contra la ley dura y cruel de los miembros; que siempre está en oposicion y rebeldia contra la del espíritu, obedecia humilde sus celestiales impulsos: por eso oia todos los dias el Santo Sacrificio de la Misa con legemplar edificacion; por eso purificaba frecuentemente su alma en la sagrada Piscina de la Penitencia; por eso en todas las festividades del año y en otros muchos dias fortalecia su espíritu con la Comunión Sacrosantá; por eso observaba rigurosamente todos los preceptos de la Iglesia, aun cuando le exímian los mas justos motivos; por eso jamas dejaba de tener una hora de oracion privada diuina; por eso se prevenia con las mas interesantes devo-

ciones particulares dirigidas todas á implorar el socorro del Cielo.

Ocupado constantemente en las largas tareas, á que lo dedicaban sus sábios Padres y Maestros, jamas se le ha visto perder en fruslerías, pequeñeces y bagatelas aquel precioso tiempo en que los jóvenes deben formarse miembros útiles á la Religion, á la Patria y á sí mismos, y que lastimosamente suelen perder otros muchos con amargo dolor del sensato, que conoce y sabe cuales son los derechos del hombre respecto á la sociedad, y los de esta con respecto á él. Tenia sus inocentes juegos con que daba á su espíritu la moderada recreacion, que indispensablemente necesita una naturaleza, que se fatiga y egercitaba sus fuerzas de modo que una vida demasiado sedentaria no le expusiese á enfermedades, que las debilitase y le impidiesen una séria aplicacion á las vastas atenciones, que exígia de él el destino en que le habia colocado la divina Providencia; pero guardando siempre la circunspeccion debida á su elevado caracter.

De este modo adornó nuestro amable CARLOS su alma con las mas excelentes virtudes políticas y morales. De este modo en vano los idólatras del poder

y de la grandeza se empeñaban en seducir su corazón. En vano se apuraban aquellos sutiles discursos, aquellas artificiosas digresiones, aquellos lisonjeros apotegmas, y todos aquellos sagaces arbitrios de que suele valerse la ambicion del cortesano adulator, para hacerse lugar en los palacios y obtener el favor de sus Señores. En vano los hipócritas de la veneracion y del respeto intentaron persuadir á CARLOS que los que han nacido Reyes, no estan comprendidos en la esfera de los mortales. En vano los Homeros de aquellos tiempos imploraban los auxilios de Apolo y de Minerva para cantar sus alabanzas. En vano se le pintaba con los colores mas vivos y estimulantes cuanto hay en la tierra mas grande, mas magnífico, mas dulce, deleitable y alhagüeño, porque su inocencia de Paloma acompañada con la prudencia de la Serpiente le hacia muy superior á todas las preocupaciones del mundo.

Este sin duda, como dice San Agustin, es mucho mas peligroso, cuando nos lisonjea con sus finezas, que cuando nos persigue con sus rigores; pero CARLOS no lo consideraba baxo uno y otro respecto, sino como un tirano usurpador de los derechos del hombre; le llamaba al tribunal de su razon, le

juzgaba segun las invariables leyes que habia estudiado en los dos grandes libros el Cielo y la Biblia: y despues de haber pesado en la balanza de la justicia todos sus proyectos, todas sus especulaciones, todos sus placeres, todos sus ratiocinios y discursos, pronunciaba su sentencia y decia como el Sábio: Nada hay aqui mas que *vanidad de vanidades, y afliccion de espíritu*. Los hombres corren precipitados en busca de unas delicias que huyen de su vista como la sombra á la presencia de la luz; piensan hacerse felices, y no hacen mas que degradarse; se persuaden establecer el órden para la sociedad, y no hacen mas que introducir el trastorno del órden que ha establecido la sábia naturaleza.

No, yo no seguiré sus pasos siempre dudosos, siempre inciertos y siempre expuestos á caer en los eternos precipicios preparados para los que no aman al Señor. *Yo he creído que hay una region para los vivos distinta de la que ellos buscan, y esta será en donde yo depositaré toda mi esperanza; mas no me exaltaré porque lo he creído, como si esta fé fuera un parto de mi talento ó de mi ingenio; sino que me humiliaré en la presencia de mi Dios para darle gracias, porque me ha dispensado este beneficio mas apreciable que todos*

los tesoros , reynos , cetros y coronas. En el exceso de mi humildad diré que todo hombre que me hable , que me pondere los bienes del mundo segun el lenguaje de las pasiones , no trata más que de engañarme ; porque los bienes verdaderamente amables y dignos de aprecio solo pueden hallarse en la región de los vivos. ¿Y qué le daré al Señor por todos los beneficios que me ha dispensado? Tomaré en mis manos el cáliz saludable de la paciencia, para poder soportar todas las tribulaciones de la vida, é invocaré su Santo Nombre. Sí, delante de todo su Pueblo , á la faz de todo el universo cantaré sus alabanzas, y el temor de perder la vida , no me apartará de este designio ; porque es preciosa á su vista la muerte de sus Santos.

Estos afectos del piadosísimo David ú otros semejantes es preciso que hayan sido los de nuestro augusto CARLOS IV para que su inocente corazon no fuese seducido en medio de un mundo que no presentaba á su vista sino escollos y precipicios. ¿De otro modo cómo podria ser casto en medio de una Corte? En una Corte donde no solo hay que vencer las grandes dificultades que el hombre experimenta dentro de sí mismo , dificultades que á un San Gerónimo (omitiendo otros muchos egeмпlos) sepultado , por de

cielo así, en las cálidas arenas de la Siria, extenuadas sus carnes con monstruosas penitencias; y entregado á sus profundas meditaciones, le hacian sentir el dolor de haber visto á una Matrona Romana; en una Corte en donde no solo hay que vencer estas dificultades, sino tambien las innumerables, que á cada paso presentan á los sentidos los objetos exteriores, capaces de hacer ciegos á los Sansones, prevaricar á los Salomones, delinquir á los Davides, poner la rueca á los Hércules, enervar á los Marcos, y derrocar la virtud mas encumbrada.

Si CARLOS no fuese sensible, con tal que fuese hombre, si es que se puede ser hombre sin ser sensible, aun podría temerse con demasiado fundamento que los penetrantes vapores que en todas partes exhala el fuego abrasador de la impureza, manchasen su inocencia; pero CARLOS era tan sensible como amable.

“CARLOS el hermoso, CARLOS el discreto, CARLOS el amable” le llamaba el vocinglero Pueblo de Madrid; justos epitetos que le han adquirido su excelente figura, su despejado talento, y su disposición para sentir la impresion de los objetos exteriores. ¡Qué peligros en una edad lozana, en una salud robusta! ¡Cuánto mayores en la cumbre de la pros-

peridad, del honor y de la grandeza, donde todo se rie, donde todo convida al placer, donde las empresas mas árduas se facilitan, se allanan, se vencen; donde las insinuaciones se confunden con los preceptos, donde las altas torres del pundonor se rinden á la fuerza del poder! Yo no pienso que hayan sido mayores los peligros de la casa de Putifar. Bien sé que las promesas, los alhagos, las caricias, la fuerza de una muger poderosa, seductora y decidida ofrecieron al castísimo Josef el mas peligroso escollo, y que nunca se celebrará su gloriosa victoria suficientemente; mas al fin dexó su capa, huyó como sábio, y buscó en la ausencia el mas prudente y poderoso preservativo. ¿Y CARLOS? CARLOS no podia huir; su situacion política no se lo permitia. Habia nacido para reynar, y le era forzoso pelear contra los enemigos de su castidad y de su inocencia, que no habrán sido menos temibles, á lo menos por los empeños de la rivalidad, á cara descubierta sin mas trincheras que su virtud y sus fuerzas sostenidas por la gracia que el Señor concede á todos los estados, y que él imploraba en sus fervorosas oraciones. ¡ Ah! Si, CARLOS animado de la esperanza de la Patria celestial, en donde solamente se disfruta el placer verdadero, puro, sólido, cons-

tante, inalterable, ceñía sus lomos con el fuerte ángulo de sus humildes súplicas al Dios protector y librador de todo mal, de toda caída, que jamás perdió de vista; y bien diferente de aquellos que se dexan ver con semblantes tristes, vestidos rasgados y cubiertos de polvo en las calles y ángulos de las plazas; pero que, sin embargo buscan los primeros asientos en las Sinagogas, llevaba en sus manos siempre encendidas las lámparas de la Caridad alegre, afable, dulce y benigna.

De este modo en una situación en donde el arte no perdona medio alguno de hacer valer más y más las poderosas armas de la hermosura y gracias de la naturaleza; en una situación en donde el diestro Cupido, más ciego que en todas partes, clava con más seguridad sus venenosas saetas á expensas de sus estudiados continuos juegos y desaciertos; en una situación en donde la prostituta Venus se vale de todos sus encantos para atraer adoradores; en una situación en donde las disimuladas expresiones de la afectada compostura ocultan los más alevosos áspides; en una situación en donde el grato eco de las sonoras voces y acordes instrumentos persuaden como cierta la existencia de las Sirenas; en una situación en don-

de las exquisitas telas del Coó, tan aperecidas un tiempo de las Matronas Romanas para parecer vestidas, estando realmente desnudas, se buscan á todo precio, y se encuentran, por desgracia, con demasiada frecuencia; en una situacion donde parece no se echa menos la antigua Lesbos; en un monte en fin, de cuyas entrañas salen volcanes, que por todas partes le rodean, mas abrasadores que los Etnas, Heclas y Vesúbios, allí fue donde CARLOS ha sostenido su castidad ilesa en el matrimonio y fuera de él. Tal es el concepto que con razon y justicia ha merecido siempre; esto solo basta para darnos la mas luminosa prueba de su inocencia; pues que no pudo ser de otro modo, mas que llamando en su socorro todas las virtudes; separándose de todo cuanto pudiese seducir su corazon, y haciendo en obsequio de esta, el sacrificio de las inclinaciones y pasiones que mas dominan al hombre.

Adornado de tan apreciables cualidades sube al Trono de sus mayores; pasado el tiempo regular para las exêquias y justo luto por su augusto Padre, los Pueblos vuelan en alas del cordial amor que le profesaban á ofrecerle sus mas profundos respetos, y á celebrar su exáltacion gloriosa, Las embaxadas le fe-

licitan. Las relaciones de amistad y alianza con las grandes y altas Potencias se estrechan cada vez mas. Su carácter recibe toda la extension de que era susceptible. Su poder, su grandeza, su honor llega á su mayor colmo. Otro tanto crecen los peligros de perder su inocencia; mas él jamas se dexó ver al frente de sus Pueblos, sino como un modelo de virtud, que desde su elevado Sólío resplandecía á la faz de toda su Nacion, y como un Padre que se desvela por la felicidad de sus hijos.

Sabia que les era deudor de la justicia, y jamas levantaba su mano de su administracion, sino para el cumplimiento de sus particulares obligaciones, y para dar á su naturaleza el preciso descanso.

Cuando era Príncipe de Asturias habia estudiado en la escuela de su justísimo Padre y sábios Maestros aquellas máximas del Espiritu Santo: *De nadie tengas piedad alguna en juicio ni aun del pobre. Condenad sin piedad ojo por ojo, diente por diente, herida por herida; volved á otra parte vuestra piedad. El que absuelve al impío, y condena al justo, ambos son abominables delante de Dios. Romped las ataduras y lazos de los impíos; no permitais que el inocente quede oprimido, y quitadle aquel peso tan grave para sus hombros. Ha*

hecho el rico algun ultrage al inocente , tiembla este de miedo , y aquel brama de ira y furor. Es el primero en prorrumpir en quejas y amenazas. El pobre por el contrario , aunque ofendido y ultrajado , no se atreve á abrir la boca ni á mover los lábios.

Con arreglo á estas sagradas lecciones que debieran ser siempre , y en todas partes las fundamentales de toda legislacion y magistratura, no solo dictaba leyes , órdenes y pragmáticas llenas de sabiduría, de equidad y de justicia dirigidas siempre al fomento y esplendor de su Monarquía; no solo daba nuevo vigor á las establecidas por sus augustos Padres y sábios predecesores , consultando á las circunstancias en que se hallaban sus Pueblos, para modificarlas con arreglo á ellas , despues de una detenida y sería reflexión; no solo queria y mandaba que se extendiesen y publicasen en todos ellos; no solo encargaba á todos sus Jueces y Magistrados la incorruptible integridad que debe caracterizarlos; sino que por sí mismo exâminaba las causas , tomaba los procesos en sus Reales manos, los registraba con el mayor cuidado, y alguna vez con tanta felicidad y acierto que llegó á descubrir el intrincado enredoso artificio con que los malvados habian podido ocultar su malicia

á la profunda penetracion de todo un sábio y justo Consejo de Castilla.

Semejante al gran Teodósio, de quien dice San Ambrosio, que se le tenía por obligado cuando se le suplicaba, y que cuando se hallaba mas acometido de los movimientos de la cólera, entonces era cuando se inclinaba mas facilmente á la clemencia; jamas atendia nuestro augusto Monarca á los impulsos de la ira, que la virtud excitaba en él contra el delito para juzgar al delincuente, antes por lo contrario se le ha visto mas de una vez, derramar lágrimas sobre su desgraciada suerte. “No, yo no soy quien le castiga, dixo, la Ley es quien le condena.” No importa, Señor, se le representó porque V. M. es el Supremo Legislador. “Yo no puedo dictar leyes contra justicia, y con perjuicio de mis Pueblos.”

No obstante, cuando la balanza de la justicia podia inclinarse á alguna parte, no era inexorable, y su clemencia se inclinaba siempre en favor del pobre y desvalido; pero siempre inaccesible á la alabanza y al vituperio. De CARLOS podia decirse lo que aquella muger de la Escritura decia, enseñada por Joab, á David: *“El Rey mi Señor es como un Angel de Dios, que no se commueve por el bien ni por el mal que se*

diga de él." Alabanzas, vituperios!::: ;Terrible escollo donde se estrella la mas inflexible integridad; cuando no está sostenida por una inocencia como la de CARLOS IV.

Si en su tiempo se han visto algunas injusticias; nada tiene de extraño. No habrá uno solo de todos sus vasallos que pueda decir, que ha sido causada por la voluntad del Soberano ; pero sí innumerables que son fieles testigos de que, si alguna vez su amor á la equidad fue sorprendido por la intriga , no tardó mas tiempo en ser esta derribada , que aquel que ha tardado en descubrirla. Entonces, ni aun su palabra dada ó empeñada era bastante para que dexase de atender al inocente. "Yo no doy ni sostengo palabras contra la ley de Dios" solia decir, y así lo hacia.

Los Reyes son imágenes de Dios; pero no son el mismo Dios para que no puedan ser engañados. Los Reyes no pueden estar en todas partes. Es indispensablemente preciso que depositen su confianza en autoridades subalternas que los substituyan; y es imposible muchas veces que el talento mas perspicaz, ni la aplicacion mas exácta penetre el confuso laberinto del corazon humano , y descubra los tortuosos caminos del hipócrita.

Si ha habido Corés, Datanes y Abirones que atraxeron sobre sí y sobre sus secuaces la indignacion del Cielo por su desmedida ambicion: si ha habido Aarones demasiado condescendientes con las impías murmuraciones y abominaciones de sus pueblos, acaso mientras que Moysés oia en el Monte los preceptos del Señor; si algunos perros de la viña de Israel se han dormido demasiado, ó han callado intimidados ó sobornados por los que pretendieron allanarla, CARLOS IV no ha tenido la culpa, y aun cuando como Jano estuviera rodeado de ojos ó tuviera cien como Argos para vigilar, nada bastaria para cortar los lazos que muchas veces arma la impiedad á la inocencia. CARLOS IV en sus acciones particulares solo tenia por objeto la salvacion de su alma, y en las que le eran propias como Monarca, nada deseaba, nada solicitaba, nada respiraba mas que la felicidad de sus vasallos. Si el éxito no correspondió á sus deseos y esperanzas, nosotros debemos decir con toda verdad y propiedad lo que á él le obligaba á decir su inocencia y humildad: "Mis pecados han tenido la culpa." Los nuestros han sido, no los de CARLOS. Nosotros debiéramos haber oido de sus lábios lo que Moysés decia á su Pueblo: *Nacion ingrata y rebelde*

Pueblo insensato y desnaturalizado, ¿así reconoces los beneficios con que tu Dios te ha favorecido?

¡España! ¡España! ¡Quién tuviera la unción y eficacia de un Jonás para hacerte presentes tus extravíos! Entonces vieras que no en otra parte se alimenta la funesta raíz que ha brotado tantos males, como han venido sobre tí. ¿Dónde está la virtud de tus mayores, la integridad de tus antepasados, la religion de tus Padres, el glorioso carácter de tus Progenitores? ¡Cuántas y cuantas veces te avisó CARLOS IV de los males que te amenazaban:::! Sus establecimientos piadosos no tenían otro objeto, mas que el honor y conservacion de la pureza de la Religion en que hemos nacido, y que como él debíamos amar con todo nuestro corazon; su nunca interrumpida y siempre humilde obediencia á la Cabeza visible de la Iglesia, debió habernos servido para conservar nuestra docilidad, y mantenernos en la fiel observancia de sus saludables preceptos. Sus repetidas Reales órdenes que prohibieron la entrada en su Reyno, de todo libro, que no fuese reconocido rigurosamente, debieran obligarnos á cerrar nuestros oidos á toda doctrina extraña. Los Ministros del Evangelio enviados por su solicitud para instruirnos en la sagacidad con que

los enemigos de la paz trataban de llevar á todas partes el cuchillo sangriento, que ya sacrificaba innumerables víctimas en medio de ellos mismos á su desenfrenado orgullo, debieran habernos despertado del tranquilo y falso sueño en que nos habian sepultado nuestras antiguas felicidades. Sus desvelos para impedir toda comunicacion con las Naciones incircuncisas debieron::::: ¿A dónde voy? ¿Acaso me olvidé que hablo á un auditorio todo piadoso, todo cristiano? No; y si por desgracia me oye algun político irreligioso, no es esta una ocasion oportuna para convencerle, ni me juzgo capaz de conseguirlo, si lo emprendiese.

Corramos, pues, el velo del silencio sobre las reflexiones que con este motivo se ofrecen al entendimiento, sin embargo de que todas justifican mas y mas la inocencia de CARLOS IV, oigámosle en los últimos dias de su reynado.

La situacion política de la Europa, el demasiado peso que gravitaba sobre sus cansados hombros, y el mayor bien de sus vasallos le han persuadido que su amado Hijo FERNANDO debia tomar la corona de sus manos, y le dice: "Hijo mio ya sabes cuanto te he amado desde que has podido conocer que soy tu

Padre hasta ahora ; ya conoces la situacion en que estamos , y los sentimientos en que fluctúa mi alma. Sigue mis preceptos. Mi corona ceñirá tus sienes. Baxo ella quedarás obligado por Padre y amparo universal de tus Pueblos. Te recomiendo la bondad y la beneficencia , y sobre todo la justicia. Entre todas cosas pide al Rey de los Reyes que te franquee unos auxílios cristianísimos. Segun estos te se franqueen, obra , y no salgas jamas de ellos.”

Tales han sido los sentimientos de nuestro augusto Monarca mientras ha reynado ; al tiempo de su generosa magnánima abdicacion ; en su penosa emigracion , y en los últimos momentos de su vida. Roma y Nápoles son los mas fieles testigos de su Religion , de su piedad y de su inocencia.

No obstante, roguemos al Dios de las misericordias , delante de quien nadie se justifica , sino aquel á quien su infinita bondad concede la remision de todos sus pecados , que los Coros de sus Angeles le acompañen , y le lleven á su eterno descanso.

AMEN.

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is extremely faint and illegible due to the high contrast of the scan. It appears to be several paragraphs of cursive or semi-cursive handwriting.

SEGUNDA

ORACION PANEGÍRICO FÚNEBRE

QUE

EN LAS REALES EXEQUIAS

DEL REY CATÓLICO

EL SEÑOR DON CARLOS IV,

CELEBRADAS

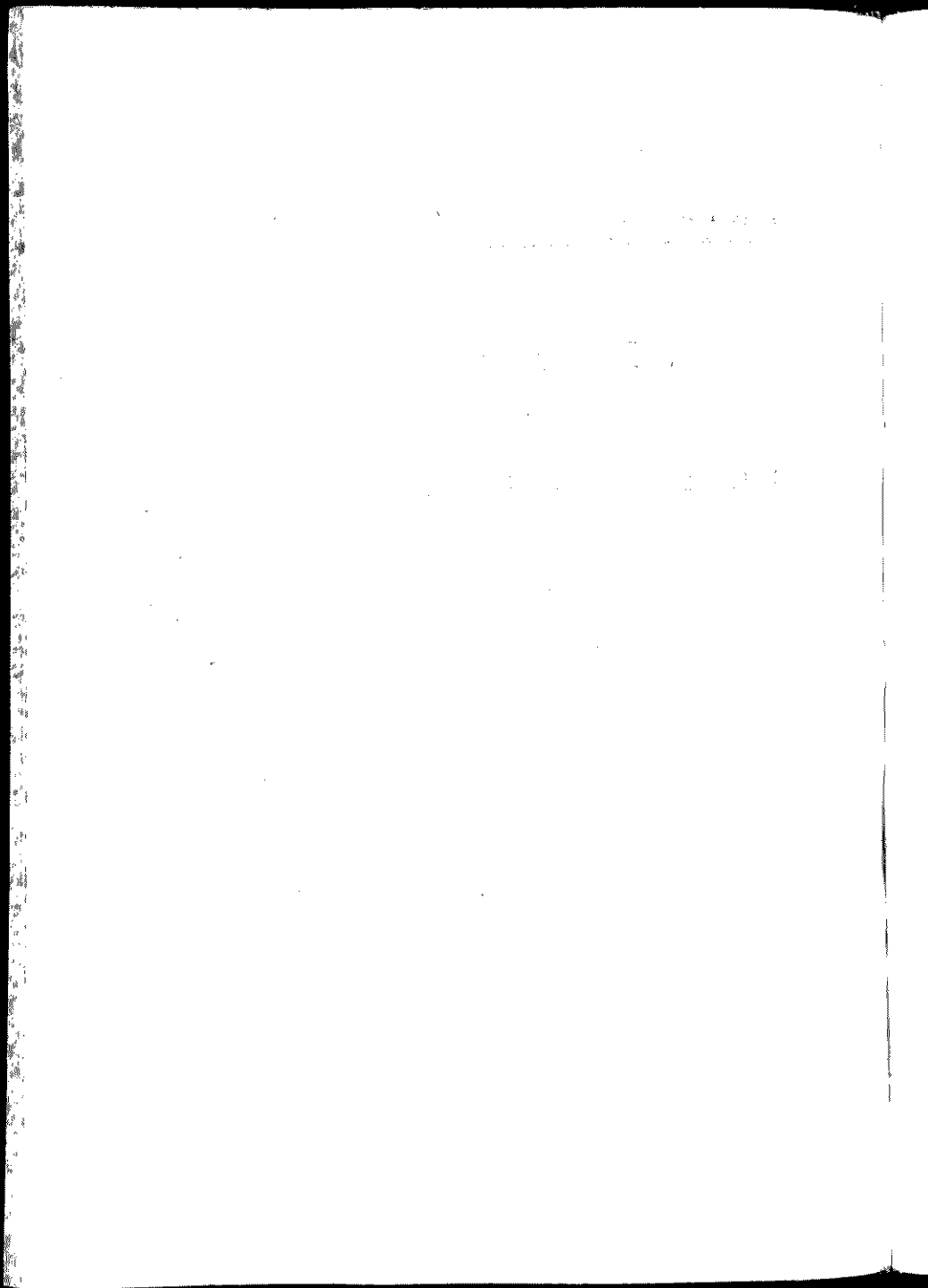
POR LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE LA CORUÑA

EN LOS DIAS 12 Y 14 DE MAYO DE 1819,

DIXO

*DON JOSE GOYOS IGLESIAS,
Capellan Párroco por S. M. del 4.º Regimiento del
Real Cuerpo de Artillería, y actual Director
de la Inclusa de la misma Ciudad.*







*Filiæ Israel super Saul flete qui vestiebat vos cocci-
no in deliciis: qui prebebat ornamenta aurea cultui vestro.*

*Hijas de Israel, llorad sobre Saul que os vestía de
escarlata en vuestras delicias , y os daba prendas de oro
para vuestro adorno. Reg. Lib. 2. Cap. 2. V. 24.*

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

El Santo Rey David, aquel Monarca grande, singular y extraordinario formado segun el corazon de Dios; no solamente para que puesto á la cabeza de su Pueblo amado y escogido, fuese el terror de los bárbaros incircuncisos, que tributaban sacrílegamente á las hechuras de sus manos el culto y adoracion, que solo se debe á su infinita Magestad, sino tambien para dexar á toda su posteridad el mas excelente modelo de las virtudes políticas y morales, que deben adornar á los individuos de la sociedad; ya

como personas públicas, para adquirir el conocimiento del justo uso, que deben hacer de la sagrada autoridad que ha depositado en ellas, ó ya como privadas para estudiar las obligaciones en que estan constituidas para con Dios, para con sus semejantes, para consigo mismas; al oír la triste funesta noticia de la desgraciada muerte de Saul arrebatado en transportes de un vehementísimo dolor, exclama y dice: "Considera ó Israel quienes son aquellos que fueron heridos; y perdieron la vida sobre tus colinas. La flor de Israel ha sido muerta sobre tus montañas. ¿Cómo es que perecieron estos hombres valientes y esforzados? No anunciéis en Get esta noticia; no la publiquéis en las plazas de Ascalon; no sea que se alegren las hijas de los Filisteos; no sea que se regocijen las de los incircuncisos. Montes de Gelboe no caiga jamas sobre vosotros el rocío ni la lluvia que os fertilizaban:::: vuélvanse estériles tus campiñas:::: porque allí fue hallado el escudo de los fuertes, el escudo de Saul; como si no hubiera sido consagrado con el aceyte santo:::: Llorad, pues, hijas de Israel, Horad sobre Saul, que os vestia de escarlata en vuestros festines, y os daba prendas de oro para vuestro adorno."

¡Ojalá, Señores míos, pudiese yo tener la unción y eficacia de un David para decir como él á todos mis amados paisanos: Considera ó España, considera quien es aquel que fue herido por la cuchilla de la parca, y perdió su vida sobre las verdes y frondosas colinas de Nápoles. CARLOS IV el fuerte de Israel, el Rey piadoso, el Rey Catolicísimo; el Rey que era como el aliento de nuestra boca; el Rey que contento con la herencia que le ha repartido el gran Padre de Familias, no aspiraba á conquistas ambiciosas, á usurpaciones inicuas, á robos injustos; el Rey cándido, á quien la mas aleyosa y pérfida amistad arrancó de los brazos de una Nación noble y generosa, que le amaba tiernamente, y á quien él amaba con todo su corazón, espiró; ya no existe, falleció, no como el desgraciado Saul entre las trágicas angustias de una fatal desesperacion, atravesado de su misma espada; sino consumido por su enfermedad, lleno de días y pagando á la naturaleza el justo tributo que la debia como descendiente de Adán. Murió, sí, murió en el santo temor de Dios; murió en los brazos de la Religion que profesaba, que amaba; y que habia defendido con todas sus fuerzas; murió como digno hijo de la Iglesia, socorrido, asistido con todos sus auxi-

lios; murió resignado como había vivido, con los designios del eterno, humilde, religioso, contrito.

Sin embargo, queridos Españoles, amados compatriotas, leales Coruñeses, no anunciéis esta noticia en las concurrencias donde se reúnen los enemigos del nombre sacrosanto del Señor, las almas impías, las hijas de la infidelidad no sea que se alegren; no sea que se regocijen de que nuestra comun Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, haya perdido esta firme columna de su Fé, este apoyo de su Religión, este defensor de sus Misterios sacrosantos, este enemigo declarado de sus crueles perseguidores. Llorad su muerte porque era

UN REY BENÉFICO.

Este es el objeto que me propongo en este discurso, sin embargo de ser dificultoso correr todo el espacioso campo que nos presenta en el breve tiempo que podemos detenernos aquí. Imploramos la gracia:

AVE MARIA.



EXCELENTÍSIMO SEÑOR,

Ciencias y Artes, Comercio, Agricultura y Milicia son las cuatro robustas, indispensables columnas, que se necesitan para sostener el grande y hermoso edificio de una Nación, que hacen toda su felicidad temporal; que exigen la mas seria atencion de un Monarca benéfico, y Padre universal de los Pueblos que la divina Providencia ha puesto baxo su sabia direccion y equitativo gobierno. A la verdad una Nación, que se ve en el triste estado de carecer de los grandes auxilios, que el género humano halló en todos tiempos en las ciencias y en las artes, puede considerarse verdaderamente desgraciada, y mas propia para habitar en los campos y las selvas como las fieras, que para vivir unida con los vinculos de la amable sociedad. Una Nación que no tiene Comercio estará demasiado aislada en sí misma, y lastimosamente privada de los socorros, que por su medio se le franquean en otras. Una Nación que no tiene Agricultura, una Nación que no busca en su suelo las produccio-

nes y materias , que han de servir para su comercio, para su industria y para sus manufacturas , tendrá una existencia precaria , que no durará mas tiempo, que aquel que tarden en salir de su engaño ó inacción las Provincias de donde las mendiga. La Nacion que no tiene una Milicia proporcionada á su situacion política y geográfica , no podrá dar vigor á sus leyes , ni sostener sus derechos contra sus injustos invasores.

Mas aun cuando es esta una verdad demostrada por la mas constante experiencia de todos los siglos, presentada en la historia de todas las naciones á pocos pasos que se den en la averiguacion de su origen, progresos y fines ; tambien la es que estas cuatro columnas, por robustas que parezcan, nunca podrán ser levantadas con firmeza permanente, sino se apoyan sobre el plano y sólida basa de la Religion.

Esta verdad , tal vez la mas interesante á los conomientos de la Sociedad humana y la mas combatida por los políticos irreligiosos , nos la enseña el Evangelio del modo mas claro y expresivo. "*Si el Señor no guarda la Ciudad, en vano vela el que la guarda. Buscad primero el Reyno de los Cielos y todas estas cosas os serán añadidas. De Dios solamente es de quien podemos*

esperar cuanto podemos necesitar. *Si él está por nosotros ¿quien estará contra nosotros? ¿quien podrá separarnos de su caridad?*”

Que la Religion deba ser la basa fundamental y sobre que se han de levantar las fuertes columnas que han de sostener el hermoso edificio de una Nacion, no solo nos consta por la Fé, sino tambien por el testimonio de los Filósofos mas sensatos, y aun puede decirse que no ha habido uno solo, que haya merecido este nombre á todos los que se precian de serlo, que no la haya conocido. Se le preguntó á Solon qué cosa seria mejor para conservar la República y respondió “Estimular á los buenos con los premios y enfrenar á los malos con las penas.” Y ¿quien como la Religion puede ofrecer premios para estimular al bueno y fulminar penas para refrenar al malo? Por eso sin duda decia Platon: “Quitar la Religion es destruir en sus fundamentos la sociedad humana y la ignorancia del verdadero Dios el mayor de todos los males en toda República.” “La primera obligacion, dice Xenofonte, de un buen Rey es establecer el culto divino, sino le hay; y, si está ya establecido, velar sobre su observancia.” „Ten mucho cuidado, decia el gran Mecenas á Augusto, de conservar siempre una

religion unánime y de mirar á cualquiera, que intente trastornarla, como á un perturbador de la República; porque el que no cumple con la mas esencial de todas las obligaciones, mal podrá cumplir con otra alguna." » Todos hemos nacido con la obligacion de honrarla, segun Sófocles, porque trae su origen del Cielo y no está sujeta á las vicisitudes del tiempo." Seleuco mandaba en una de sus primeras leyes que los sentimientos del corazon para con los Dioses se manifestasen con actos exteriores. Aristóteles asegura "que nada les importa tanto á los Reyes, como el ser religiosos; porque los Pueblos jamas se atreverán á contradecir lo que ha dictado un Príncipe protegido del Cielo." » La ley, dice Ciceron, no es otra cosa que el espíritu del mismo Dios, que se nos ha comunicado para que le adoremos. La Religion todo lo pone en movimiento." Poco sirve, añade otro Filósofo mas moderno, que los Solones, Licurgos y Confucios dicten sábias leyes para el gobierno de sus Repúblicas; sino estan sancionadas y cimentadas por la Religion. La fuerza exterior no es suficiente para obligar á los hombres á su cumplimiento, á lo menos cuando estan solos y sin fiscales de sus operaciones. Es indispensable un medio, que una y reconcen-

tre sus opiniones, y esto sola la Religion es quien puede hacerlo. Asi se producen todos sus enemigos cuando la razon egerce sus funciones aun en medio de sus sistemas inventados por el capricho para lisonjear á las pasiones.

¡Libertad! ¡Mal entendida libertad! ¡En que horrosos abismos precipitas á los que te buscan fuera del seno amable y benéfico de la Religion! ¡Misera- bles sectarios de la mal entendida libertad! ¡qué in- consecuentes sois en vuestro modo de pensar y en vuestras operaciones! ¿No habeis visto á uno de vuestros corifeos, á aquel que poco tiempo ántes se había quejado amargamente, porque no se le habia puesto á la cabeza de los Ateistas de París, obligado á proteger la Religion para sostener su imperio despues que sus desgraciados esclavos derrama- ron rios de sangre para destruirla? ¿No habrá basta- do esta para saciar vuestra hidrópica sed? *¿Hasta cuando amareis la vanidad y buscareis la mentira?* ¿Hasta cuando estareis sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte? ¿Hasta cuando cerrareis vuestros ojos para no ver la luz hermosa del divino semblante, que un Dios misericordioso gravó sobre vosotros? ¿Hasta cuando querreis privaros de vuestro

mas glorioso distintivo? Si las fieras no discurren, por lo menos hay algunas, cuyo instinto es tan noble, que se confunde con el raciocinio, á lo menos á primera vista; pero por mucho que las ensalzen aquellos, que aspiran á igualarlas con el hombre, jamas las han visto ni las verán religiosas. Solo el hombre es á quien su benéfico omnipotente criador movido de su misericordia formándole del limo de la tierra y adornándole de un alma criada á su imagen y semejanza espiritual inmortal incorruptible inteligente, es quien puede ser religioso: solo él es, quien conoce y reflexiona la íntima estrecha dependencia que tiene de su Dios: y sola la Religion es quien por respecto á él, le obliga al mas exácto cumplimiento de las funciones de sus respectivos destinos; no solamente en las ocurrencias públicas; sino tambien á sus solas, euando solo el Cielo es testigo de sus operaciones, de sus proyectos, de sus deseos, de sus esperanzas, que no necesitan menos una regla exácta, y que no es menos interesante para el buen órden, régimen y tranquilidad de las Repúblicas, cualquiera que sea su forma de gobierno. Sin ella todas sus conquistas, todas sus prosperidades, toda su grandeza, todos sus esfuerzos y desvelos serán perdidos, su existencia efimera;

y su duracion, cuando menos lo piensen , tendrá un término tan funesto , como la de los orgullosos é insensatos Babilonios, Persas , Asirios, Griegos, Romanos , Egipcios y otras muchas, de las cuales, despues de haber sembrado los montes de cadáveres , y de haber teñido los mares con sangre humana , apenas quedó mas que una triste, débil y vana memoria. Solo el imperio de la Religion verdadera durará mientras que no llega aquel día en que todas las Naciones pasadas, presentes y futuras se reunan en un solo Pueblo. Entretanto bien podrá fluctuar la delicada Nave de San Pedro en el mar borrascoso de las pasiones humanas; bien podrán las puertas del infierno dirigir sus tiros contra el hermoso edificio de la Iglesia Santa ; pero sus esfuerzos serán perdidos. Estas ideas las mas dignas de la verdadera filantropía ; estas ideas, que debieran merecer toda consideracion al filósofo verdaderamente amante de la humanidad, no se ocultaban al benéfico CARLOS IV, y por eso era la Religion el primero y principal objeto de sus atenciones y desvelos ; cuyas ideas se manifiestan en su Real orden expedida (entre otras muchas) en 28 de Julio de 1799 , que dice : “Yo siempre he querido que mi Nobleza tenga por primero y principal objeto de su

educacion la instruccion en la Religion cristiana, que se extienda á quanto pueda contribuir á que aquellos que se hallan adornados con la distincion de la Nobleza, no se desvien del camino del verdadero honor, que les adquirieron las virtudes de sus antepasados; y á quanto sea preciso para proporcionarles un medio seguro de que algun dia me sirvan con utilidad siendo dechado de todos mis vasallos en Religion, amor y fidelidad á mi Real Persona y servicio."

No queria el sábio Monarca en su Reyno una religion superficial de aquellas, á quienes mueve, destruye y borra el mas pequeño viento de cualquiera doctrina extraña; sino una religion sólida, fundamental y capaz de hacer conocer al hombre la existencia de un Dios único Criador, Gobernador y Conservador de quanto en el universo tiene ser, de quanto se mueve, de quanto respira; y que por consiguiente ha dictado las invariables reglas de su culto y adoracion, sin dexarlas al capricho y arbitrariedad de los mortales.

Poseido de estas benéficas ideas consagró todo su corazon y acciones particulares al obsequio del verdadero Dios; cerró sus oidos; miró con desprecio todas las luminosas pretensiones y ventajas que pudieron ofrecérsele para la prosperidad de su Nacion en

la tolerancia de cultos extraños. ¡Conducta admirable y digna de eterna memoria, mas bien que la de cuantos famosos conquistadores conoció el universo; por mas que no quiera conocerla como tal una porcion de miserables ilusos, que ni aun tienen ojos para advertir en sus mismas desgracias los daños irreparables que han causado, causan y causarán á la humanidad, no solo en esta vida, que pasa como un sueño, sino tambien en la futura y eterna, de que no es posible desentenderse, mientras se conserve el mas pequeño vestigio de razon.

Nuestro sábio MONARCA habia estudiado perfectamente y sabia la historia de su Nacion. ¡Oxalá que todos los que pretenden los hermosos epitetos de eruditos y literatos, tuviesen iguales conocimientos de ella! Por ella veia que, sin necesidad de otra religion, las pequeñas reliquias de la Nacion Española, que han sabido conservarla en las cuebas y montañas de la Cantábria, destituidas de todo aparato marcial, fueron bastantes para batir, dispersar, arrollar y confundir en la cumbre del monte Auseba y en los campos Libanenses las numerosas aguerridas huestes Africanas: que á su sombra pelearon y vencieron los Españoles por espacio de siete siglos hasta arrojar de la

Península su cruel imperio: que en este dilatado tiempo el abandono, ó aprecio de su Religión, no menos que en Israel, ha sido como el barómetro mas seguro de sus desgracias y felicidades: que aquellos inmortales Españoles, que á pesar de la envidia y de los mas fuertes obstáculos, llevaron sus armas victoriosas á los últimos términos del mundo, no tenían otra religion; y finalmente que esta, contra todos los cálculos de la prudencia humana; y á pesar de todos los que pretenden hallar en causas puramente naturales la razon suficiente de todas las cosas; fué solamente quien, por espacio de mas de trescientos años, pudo sostener en tan vastos dominios el Gobierno Español y defenderlo de las reiteradas tentativas con que la emulacion y envidia extrangera intentaron destruirla.

CARLOS IV no menos que la Historia de su Nación poseía la del Pueblo de Israel: por ella veía que el Dios, á quien esta tenia por único objeto de sus cultos, es el mismo á quien la Religión Cristiana representada en aquella como en sombra y figura y que debió desaparecer como tal á su presencia, adora en espíritu y en verdad. Sabia por consiguiente que aquel Dios, que ha libertado á su Pueblo de la esclavitud,

vitud de Egipto; que le alimentó en el desierto; que le abrió paso franco por medio de las aguas; que anegó en medio de ellas todos sus enemigos; que le ha conducido á la tierra de Promision; que le ha dexado dormir en ella en los brazos de la mas dulce tranquilidad, mientras que ha sido fiel á sus preceptos, tambien seria bastante para defender á su Pueblo cristiano de todos los males que afligian y consternaban á las Naciones de Europa, contra toda la ambicion del mas impío obstinado Faraon.

No fueron vanas sus esperanzas, no. Aquella voz prodigiosa, aquel entusiasmo santo, que en un momento mismo, por decirlo así, se ha dexado oír en toda la Península y aun en sus Américas. »Viva la Religion, viva Fernando, viva nuestra libertad. Morir ó vencer" ¿quien la articulaba, quien le daba impulso? ¿Era acaso el tolerantismo? ¿Era acaso aquella fatal Filosofia, que se persuade que todo perece cuando el principio que piensa se separa de la máquina material y corruptible que le rodea?

No por cierto. Esta voz, este entusiasmo, que llenará de admiracion á los siglos venideros y que á los verdaderos observadores de la historia se dexará conocer como un verdadero milagro, nadie la arti-

culó, nadie le animó, sino aquella Religion santa y única, en que la Nacion Española se gloria justísimamente de vivir, especialmente desde el siglo VII; y que el Señor se ha dignado conservar hasta entonces en ella por medio de su amado ungido CARLOS IV.

No atribuyamos á otra causa todas las felicidades de nuestra gloriosísima revolucion. Confesemos de buena voluntad, que sin ella hubieramos desfallecido sin Rey, sin Gobierno estable, sin dinero, sin armas, y lo que es mas ocupadas nuestras mejores plazas por 300,000 hombres de las mas aguerridas tropas capitaneadas por los Generales que la Europa entera juzgaba mas dignos de este nombre. Preciso es confesar, que si la Religion no nos hubiese sostenido, hubiéramos sucumbido al terror, á la seduccion y al engaño, como han sucumbido algunos desgraciados, á quienes no es preciso decir que les faltaban luces y conocimiento, tanto como aquel amor y fidelidad que la Religion cristiana prescribe en todas circunstancias hácia los legítimos Sobéranos, que CARLOS IV sabíamente deseaba que fuese el principal objeto de la educacion de su Nobleza, y de toda la juventud Española, como el mejor ó mas bien el único preservativo de los vicios, que enervan á las Naciones, y

hacen inútiles los desvelos de sus Monarcas. La Religion ha sido, quien nos dió alianzas fuertes, soldados aguerridos, dinero abundante, municiones copiosas, pericia maravillosa, constancia inconcebible, valor heroyco, y quanto hemos podido necesitar para sostener la mas peligrosa lucha, y alcanzar la mas difícil victoria que acaso han visto los siglos pasados.

No, amados compatriotas míos, no. No os avergonceis jamas de que se os diga á la faz de todo el universo que habeis sido los héroes del valor y de la constancia; porque lo habeis sido de la Religion. El Dios que adorabais en ella, para quien no hay acasos, y que hace servir todas las cosas á sus incomprehensibles juicios; el Dios, cuya inescrutable sabiduría elige muchas veces las cosas mas débiles y enfermas á los ojos del mundo, para confundir las mas robustas y fuertes al parecer de los mortales, fue quien llenó de bendiciones vuestras armas; quien os hizo Gedeones, para derribar las altas murallas de la mas inexpugnable Jericó; quien os dió fuerza de Sansones, para arrollar á los innumerables Filisteos; quien os dió consejos de Abrahames, para arrancar de las manos de vuestros enemigos la mas interesante

presa con que se gloriaban orgullosos; quien arrancó al mas fiel imitador del piadoso Nehemias de la cautividad de la mas orgullosa Babilonia.

Sí, la Religion nos ha defendido de todos nuestros peligros, la Religion ha colocado á nuestro augusto actual Monarca en el Trono de sus mayores. La Religion le sostendrá en él, y la Religion desvanecerá un dia en uno y otro hemisferio todas las tramas y enredos de sus enemigos, que ya debieran estar confundidos y avergonzados al ver que el dedo del Eterno está decidido á su favor. ¿De qué han servido los consejos de la envidia y de la impiedad? FERNANDO ha sido y será la roca fuerte é inaccesible á sus furiosas encrespadas olas. Sus deseos perecerán. Ya lo vemos gloriosamente á pesar de todos sus esfuerzos. FERNANDO triunfa, FERNANDO vence en todas partes con la rara circunstancia de que sus maravillosas victorias apenas cuestan mas sangre, que la de aquellos que por sí mismos se precipitan en sus desgracias. *La generacion de los rectos será bendita. El Señor hará la voluntad de los que le temen.* Dios lo ha dicho y se cumplirá. FERNANDO y su Nacion verán cumplidos los deseos de su augusto difunto Padre mientras que esta conserve la Religion como sólida piedra y basa fundamental de sus felicidades,

Mas, aunque es verdad que la Religion era el Benjamín predilecto de los cuidados, desvelos y beneficencia de CARLOS IV, no por eso se descuidaba en proporcionar á su Reyno todo quanto justamente consideraba que podia contribuir á su grandeza y esplendor. Muy lejos de que la Religion y su atencion para conservarla, le sirviese de estorbo para esto, ella era quien con divina elocuencia le enseñaba que, habiendo pecado el hombre, quedó sujeto á *comer el pan en el sudor de su rostro*: á no usurpar á sus hermanos con indolente ociosidad el que les es debido: y á poner por obra cuantos medios estan á sus alcances, para atender, no solo á su subsistencia, sino tambien á la del indigente imposibilitado para buscarla por sí mismo.

Así es que las ciencias y las artes jamas estuvieron en España con mas perfeccion y aprecio que en su tiempo; como no se trate de aquellas, que se perdería muy poco; diré mejor; se adelantaria mucho en que el mundo todo las ignorase; supuesto que para nada sirven, mas que para el fomento del luxo desmedido, de la afeminacion y de la molicie, que lejos de hacer la felicidad de las Naciones las enervan, las entorpecen, las sepultan en la apatia, y las pierden.

A CARLOS IV se debe una multitud de escuelas de primeras letras con la dotacion correspondiente de excelentes maestros ; y la libertad de que pueda enseñarlas libremente en todas partes todo aquel, que por medio de un justo exámen, haya acreditado tener todos los conocimientos necesarios para el cabal desempeño de un objeto tan interesante.

A CARLOS IV se deben las escuelas que hay en España para la educacion política y moral de los sordo-mudos, por cuyo medio aumentó en su Nacion esta porcion considerable de miembros útiles á la Religion, á la Patria y á sí mismos: á CARLOS IV se deben los grandes progresos que ha hecho la caligrafia en su Reyno estimulada por medio de los señalados favores y privilegios que ha concedido á sus distinguidos Profesores, que lejos de que tengan que envidiar á las Naciones extranjeras, las exceden en perfeccion.

A CARLOS IV se debe que la Medicina, la Cirugia y la Náutica con todos los ramos, que abrazan estas interesantes y vastas facultades, nada tengan que aprender de París ni de Londres, sino á extinguir un patricida inveterado entusiasmo, que amante de lo extraño, de la novedad y del capricho, lejos de apreciar, como es justo, tan señalado beneficio, des-

truye y trastorna los mas sólidos proyectos de la felicidad Nacional.

A CARLOS IV se deben muchas oportunas reformas de varios Colegios, Cátedras y Universidades, que han desterrado felizmente, sino en todo, á lo menos en mucha parte, aquellas acaloradas disputas, que no teniendo mas objeto que cuestiones tan deslumbradoras, como inútiles para la inquisicion de la verdad, rompian frecuentemente en odiosas personalidades, origen funesto de un pernicioso espíritu de division y partido; y aquellas voces insignificantes, que queriendo explicarlo todo, todo lo dexaban en las tinieblas de la ignorancia; y solo servian para obligar al verdadero literato á cerrarse en su gabinete, llorando amargamente no poder comunicar á sus hermanos los frutos preciosos de su aplicacion y cuidado.

A CARLOS IV se debe la ereccion de varias ilustres Sociedades científicas y económicas, y la proteccion y fomento de otras, en donde se reunian los mas hábiles profesores de las ciencias y de las artes conocidos, celebrados y aun suspirados en los Reynos extrangeros, y los sugetos mas distinguidos de toda la Nacion, á quien son públicos y notorios sus

desvelos y sacrificios en favor de sus compatriotas indigentes y destituidos de auxilios: por cuyo medio puede gloriarse España, á pesar de la envidia y de una ilusion tan fanática como perjudicial, que el mundo todo no tiene un Pueblo mas ilustrado, ni mas dispuesto á que esta ilustracion acabe de generalizarse, cuando los semisábios cambien su arrugada frente, y ceño adusto en aquel semblante alegre y placentero, que, como hijo del verdadero amor á la humanidad, destierre el que solo es propio de la preocupacion obstinada; como es de esperar si se acuerdan que CARLOS IV apreciaba las ciencias y las artes en tanto grado, que por sí mismo las profesaba, y tenia la mas dulce satisfaccion en ver á sus amados hijos adornados con los laureles de Apolo, y honrando las Sociedades y Académias con su Real presencia; no desdeñándose de que sus Reales nombres se contasen en el número de los de sus Profesores y Sócios.

A CARLOS IV se debe el establecimiento de una numerosa porcion de fábricas de todas clases, á quienes con Real magnificencia franqueó cuantiosas sumas, ya por via de donativo, ya de empréstito, á pagar en plazos tan equitativos, como se han so-

licitado ; sin que su Real ánimo se haya negado jamas á proporcionarles y dispensarles cuantos auxilios se le han suplicado oportunamente. De suerte que sola una perversa y poderosa intriga pudo haber estorvado que las manufacturas españolas no compitiesen con las mas excelentes , que se presentan en los mejores mercados de Europa. El BENÉFICO MONARCA no podia dar una prueba mas expresiva del entrañable aprecio que le merecian , que usándolas en su Real Persona y Casa con preferencia á todas las extranjeras.

El Comercio, este indispensable recurso de la humanidad indigente , que la sábia naturaleza estableció, haciendo sobrar en unos paises lo que en otros falta , para que los hombres conozcan mas y mas la necesidad que tienen de auxiliarse mutuamente ; y al mismo tiempo admiren la sabiduría de su Autor, no mereció al BENÉFICO CARLOS IV menos atencion y consideracion que las ciencias y las artes.

En su tiempo se erigieron varios Consulados en todos los puntos de sus dominios, que los necesitaban , y se dió nueva consolidacion y arreglo á los que estaban establecidos por sus augustos predecesores.

Estas ilustres Corporaciones que tienen por glo-

rioso y digno objeto de su instituto: "LA VERDAD CONOCIDA, Y LA BUENA FÉ GUARDADA." elevadas á Tribunales tan sencillos, como respetables baxo la direccion de Reales Ordenanzas, las mas sábias, las mas equitativas, las mas benéficas dexadas para su egecucion al cuidado de los mismos que directa é inmediatamente se interesan en ellas: autorizadas con las facultades necesarias para entender en todas las causas y negocios mercantiles: caracterizadas con todo el honor, que las es debido: surtidas de crecidos fondos y fecundísimos arbitrios destinados al fomento de su objeto: y sobre todo apoyadas en la proteccion del Soberano, siempre dispuesto á oír y atender sus propuestas en cuanto lo permitian los intereses políticos de la Nación ¿qué debian dexar que desear al Comerciante Español para el éxito feliz de sus expediciones? Su misma fidelidad, su misma correspondencia, su misma exáctitud, sus mismos deseos íntimos cordiales y justos de corresponder, como es debido, á los paternales desvelos del MONARCA.

La paz comprada y sostenida con todas las Potencias extranjeras, que pudiesen impedir el giro á costa de inmensos caudales; porque en el corazon y

aprecio del BENÉFICO Y AMANTE CARLOS IV valia mas la sangre de un Español, que todas las minas del Potosí y del Perú, interrumpida solamente cuando la mas escandalosa violacion del derecho de gentes le obligó á declarar la guerra; el paso franco á nuestras Américas, bastantes ellas solas para enriquecer al mundo todo; derechos, tributos y alcabalas, ó enteramente suspensos, ó considerablemente rebajados en la extraccion de los géneros sobrantes en las Provincias; el recargo sobre las manufacturas y producciones extranjeras poco necesarias, y que solo sirven para el luxo; severas y justas precauciones para evitar el contrabando y negociaciones clandestinas, causa fatal de la ruina de la prosperidad Nacional; caminos y carreteras abiertas y preparadas; muelles reedificados ó contruidos de nuevo; puertos libres de los baxos y de las barras; fanales puestos ó mas bien organizados á sus entradas, para que las embarcaciones pudiesen dirigirse, y permanecer en ellos con la posible seguridad; y por fin las repetidas acertadas providencias, que á cada paso salian del Gobierno, dirigidas á quanto podia tener relacion con el comercio debieron haber desterrado todos los empeños de una particular mal entendida felici-

dad destructora de todo buen proyecto, y obligar á todos los Pueblos Españoles, especialmente marítimos, á decir como la agradecida Tarragona: "Este Pueblo gemia oprimido en una situación tan deplorable, que ni aun le quedaba la esperanza de poder ser industrial. Nada podíamos hacer mas que derramar lágrimas al acordarnos de su magnificencia antigua, enteramente perdida; pero gracias sean dadas al Cielo, que nos ha favorecido con un Monarca, que alimenta su corazón de los sentimientos mas benéficos para con sus amados vasallos. Nosotros no cesaremos de aclamarle y bendecirle como al Padre de la Patria por el imponderable beneficio que acaba de dispensarnos. Nuestro puerto enteramente inutilizado debe á su soberano influxo el que en menos que un año viese dentro de sí mas de mil naves de todos portes cargadas de todo género de frutos. Nuestros caminos y carreteras enteramente arruinados y perdidos ya nos permiten remitirlos, con la posible comodidad, á los Pueblos interiores, y traer en retorno sus producciones y manufacturas. Con lo que vemos renacer en nuestras casas y familias la abundancia y la prosperidad que llorábamos perdida sin esperanza de su recobro."

¡Cuánta verdad es que la virtud, la union, el respeto y aplicacion constante de los Pueblos es el campo ameno y espacioso, donde florecen y fructifican los desvelos y beneficencia del S. berano::: ¡Cuán cierto es, y cuan claramente se demuestra que la imprudente rivalidad y la parcialidad indiscreta es el mas funesto escollo, donde tropiezan, se estrellan y se pierden las mas acertadas providencias! Tarra-gona no es mas que un Pueblo de la Península, acaso con menos proporciones que otros para ser comerciante. Permitidme, pues, que aunque parezca impertinente digresion, diga: Los Reyes y los Príncipes, con respecto á sus súbditos y á sus Pueblos, son lo que los Médicos y Cirujanos, con respecto á sus enfermos. Desde luego es verdad innegable que si los unos y los otros aplican remedios contrarios y opuestos á los males y enfermedades que estos y aquellos padecen, será muy facil que perezcan: pero no es menos cierto y evidente que si su naturaleza está enteramente viciada, ó corrompida; por mas acertadas ó indicadas que sean las medicinas, solamente podrá curarlos la Omnipotente sabiduría de su Autor, que cuando y como le place la obliga á obedecer á su voluntad. Supóngase toda la destreza posible en el ma-

nejo del acero; si son sensibles, como deben serlo, es constante que no lo emplean, sino sobre miembros enteramente podridos, para libertar á los que estan sanos de su mortal contagio; y aun entonces con mucho dolor; porque es preciso que se resientan estos en razon de la union íntima que todos tienen entre sí. Mas cuando la gangrena llegó á propagarse, ó nace en las entrañas nobles, el caso es desesperado, y la muerte inevitable. Las enfermedades políticas, igualmente que las físicas, no siempre salen al pulso: y si en lugar de que el paciente las manifieste con la debida sencillez y claridad; se interpone un delinciente silencio, ó unas relaciones intempestivas y siniestras, el mal se aumenta por momentos, y sola una casualidad, que no puede esperarse sin temeridad, podrá hacer que el término no sea el mas aciágo, el mas funesto.

Los habitantes de Tarragona conocieron su enfermedad, buscaron el remedio en quien podia dárselo; manifestaron con claridad su dolencia, y la verdadera raiz de donde nacia; se han sujetado dóciles y constantes al método curativo; detestaron y huyeron todo lo que podia serle contrario; y de este modo volvieron á tener la salud y robustez de que eran capaces.

La Agricultura fue siempre mirada POR EL AUGUSTO Y BENÉFICO MONARCA CARLOS IV como el verdadero, inagotable manantial de las riquezas nacionales. ¿Quién podrá decir sus providencias para proteger al indigente honrado Labrador? Canales, acequias y conductos, para el preciso riego de los terrenos áridos, y salida de las aguas estancadas; sumas considerables cedidas ó prestadas, para romper los campos; la libertad de la odiosa opresion y tiranía de algunos propietarios, demasiado avaros::: la remision ó rebaja de tributos ó alcabalas atrasadas; el acopio de granos en la escasez de sus cosechas; el cuidado de la subsistencia y aumento de las alhóndigas y pósitos; las penas establecidas ó aumentadas contra la usura y el monopolio, manifiestan el corazon del MONARCA enteramente poseido de los mas vehementes deseos de los progresos de este ramo, que le ha merecido tanta atencion y tan decidido cuidado, que ni aun las angustias en que fluctuaba su generosa alma separado de su amados Españoles, fueron bastantes para desvanecerlo: “Hijo: dice á nuestro agosto actual MONARCA desde Burdeos: te encargo que socorras la Agricultura antes que toda ciencia.”

Toda memoria , toda disertacion , toda obra, que salia á luz, relativa á indicar ó señalar medios para el fomento, ó mejor y mas conveniente uso de la Agricultura ha merecido siempre á CARLOS IV particular y distinguido aprecio, especialmente el Semanario de Agricultura, que pienso haya sido mirado por los Sábios, como la mas perfecta y completa en este género. Publicada en España con toda libertad y franqueza, solo faltaba un medio seguro y facil, para que el Labrador, que por sus escasas facultades no podia comprarlo, se aprovechase de sus lecciones; y EL BENÉFICO MONARCA no tardó en hallarlo.

A la verdad, despues de haber mandado á todos sus Reales Consulados que comprasen esta magnífica obra, y la franqueasen á todo aquel, que quisiere instruirse en ella; debiendo ser la Agricultura uno de los principales objetos en que debieran emplear su atencion estas Corporaciones; y no pudiendo sin ella permanecer mucho tiempo un Comercio verdaderamente activo, parece que nada le quedaba que hacer al Soberano, para extender en sus dominios unos conocimientos tan interesantes á su prosperidad; y para su misma utilidad tan claramente

manifestada los obligase á llevarlos á efecto; pero aun hizo mas. ¿Qué hizo? La recomendó encarecidamente. ¿A quien? A las personas mas hábiles, y aun mas interesadas en este benéfico designio. La recomendó á los venerables Prelados y Corporaciones Eclesiásticas, para que la repartiesen á los Señores Párrocos de sus respectivos distritos, á fin de que estos instruidos, tanto como quisiesen estarlo, franqueasen á sus feligreses sus acertadas observaciones.

No quedó enteramente sin fruto esta sábia providencia. Es bien notorio que, aprovechándose de ella varios celosos Pastores, vieron producir frutos abundantes y tal vez reputados por los mas feraces algunos campos, que estaban incultos, por considerarse incapaces de producirlos: por cuyo medio disfrutaban la dulce complacencia de ver á muchos de sus feligreses libres de la ociosidad, manantial tan fecundo como triste, de la indigencia, de la miseria, del robo, del vicio, de innumerables desgracias políticas y morales. ¡Cuánto sería de desear que todos los imitasen! Si no lo han hecho, no ha tenido la culpa EL BENÉFICO MONARCA, que apenas podía pensar un medio mas oportuno, para que la Agricultura tenga en España cuanto aumento y perfeccion pueda desearse. Obligacion estrecha de so-

correr al desvalido Labrador, tiempo para emplearse en una ocupacion tan digna del ejercicio pastoral, facultades, conocimientos, ascendiente, influxo, todo concurre, ó debe concurrir en estas personas para afianzar la esperanza del SOBERANO.

La Milicia, este brazo poderoso de las leyes pátrias, este firmísimo apoyo de los derechos nacionales, este seguro asilo de la interior pública y particular tranquilidad, esta barrera y monte inaccesible á la envidia y pretensiones de los enemigos externos fue siempre para nuestro AUGUSTO MONARCA objeto de su mas alta consideracion. La necesidad de brazos en los campos y talleres no hacian sus egércitos demasiado numerosos; pero estaban perfectamente organizados, disciplinados y surtidos de cuanto podian necesitar para sus vastas marciales atenciones.

Veinte y cinco ó sean treinta mil hombres transportados al Norte de la Europa manifestaron bien claramente á su desvanecido Tirano, á sus orgullosos conquistadores y á los imaginados invencibles vencedores de Jena y Austerlitz que las tropas de CARLOS IV no necesitaban la esperanza del botin, el estímulo del saqueo, ni la libertad del robo, para

ser las mas valerosas del mundo. El nunca bien ponderado combate de Trafalgar acreditó á la faz del universo que sus soldados no habian perdido aquellas sublimes virtudes, que distinguieron siempre á los hijos de España. Los Montes de Buñon, que vieron á quinientos Soldados Españoles batir de frente, y obligar á hacer alto á un Egército de once mil y quinientos ingleses, testificarán el valor mas heroico, que tengo la satisfaccion de haber presenciado, y á que viviré siempre agradecido; pues él ha libertado á mi casa, á mi Pueblo y al Departamento del Ferrol, la mas preciosa alhaja de la Nacion, del bárbaro atrevido furor, con que la envidia enemiga intentaba destruirlo. Los multiplicados rastros arbitrarios, de que se han valido algunos Ministros de los gabinetes extrangeros, para sorprender, por mar y por tierra, la probidad y buena fe, que caracterizaba á nuestro SOBERANO son testimonios bien claros del respeto, que les causaba su fuerza armada. Nuestra gloriosísima revolucion hará época en la historia; llamará la atencion de sus sensatos observadores, y mostrará al mundo todo que CARLOS IV poseia en alto grado el secreto de mantener en sus Egércitos el verdadero honor y constancia militar.

Tantos héroes incomparables, como perdieron su vida en los campos de Marte, y los que aun existen llenos de heridas, cubiertos de cicatrices, y condecorados con los mas gloriosos justos y debidos premios á su heroico valor, á su inalterable constancia y á su profunda pericia militar, ¿no han sido Soldados y Generales de CARLOS IV? ¿No se formaron en su escuela los de FERNANDO VII? Si por cierto, y no puede darse una prueba mas clara y evidente de que ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el cuchillo; ni la persecucion, ni la angustia, ni el engaño, ni la seducion, ni vicisitud alguna podia alterar, ni manchar las virtudes marciales, sublimes y extremadamente heroicas que los adornaban, y de que justísimamente se glorían aun. Pero estos mismos son otros tantos irrecusables testigos de la alta consideracion, distincion y aprecio que ha merecido al augusto CARLOS IV esta distinguida clase de sus vasallos.

¿Y qué mas podré decir en prueba de su amor y beneficencia? Pudiera traer á vuestra memoria sus muchas amargas lágrimas derramadas en Burdeos, en París, en Roma, en Nápoles y en todos los Pueblos de su tránsito en su larga y penosa emigracion,

no tanto por su situación, cuanto por las desgracias en que la mas pérfida alevosa amistad habia sumergido á sus Pueblos: los abundantes socorros, que ha repartido á cuantos Prisioneros pudieron implorar su bondad: la brillantez con que asistia á los enfermos Españoles en los Hospitales destinados á este objeto: sus desvelos para cortar los progresos de la epidemia y de la peste en Cádiz, en Cartagena, en Málaga y en otros Pueblos: sus vivos deseos y tentativas en la América Septentrional, para precaver los estragos del vómito negro y fiebre amarilla: sus inmensos gastos para extender en todas partes el feliz descubrimiento de la vacuna; por cuyo medio salvó á innumerables expuestos á ser víctimas de la fatal enfermedad de las viruelas: el establecimiento y repetidas circulares para la erección de los Campos Santos, tan decorosos al respeto debido á los Templos, como útiles y necesarios á la salud pública: los magníficos premios con que recompensaba el mérito de cuantos se señalaban en sentimientos de humanidad; de los cuales me oye algun fiel testigo: sus sábios reglamentos, para la distribución y justo repartimiento de Monte-pios, pensiones y socorros de las viudas, inválidos y huérfanos, espe-

cialmente de los que han muerto en su servicio, y ¿quién sabe cuantos luminosos rasgos de amor, de generosidad y de beneficencia?

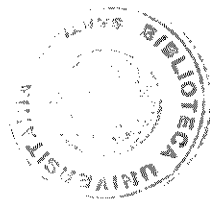
Ellos á la verdad dibujan y forman el más hermoso, el más interesante cuadro, para estimular la más íntima cordial gratitud de todo aquel, que no es insensible al beneficio recibido. Mas ¿quién podrá reducir á un pequeño discurso las nunca interrumpidas liberalidades de un Monarca, que ha reinado veinte años sin haber conocido la ambicion ni la avaricia; que se desvelaba por la felicidad de sus Pueblos; que nunca se ha desvanecido con el esplendor de la grandeza; que ha tenido á su disposicion inmensos caudales; y que solo deseaba la prosperidad de su Nacion.

TODA LA IGLESIA DE LOS SANTOS CONTARÁ SUS ABUNDANTES LIMOSNAS; las generaciones presentes y futuras celebrarán sus misericordias. El estudioso literato, el aplicado artesano, el industrioso comerciante, el oficioso labrador, la desconsolada viuda, el inocente huérfano, el triste enfermo, el miserable desvalido, todos dirán reconocidos "CARLOS IV era nuestro protector, nuestro honor, nuestro bienhechor, nuestro defensor, nuestro apoyo, nues-

tro amparo, nuestro consuelo, nuestro Padre universal.”

DIVINO JESUS MIO: vos sois la vida de la esperanza, y la esperanza de la vida: no entreis en juicio con vuestro Siervo CARLOS. Aparezca en vuestra divina presencia el indefectible tesoro de sus limosnas. Oiga de vuestros divinos lábios aquella dulce sentencia que la vuestra tiene preparada para LOS BENDITOS DE VUESTRO ETERNO PADRE QUE OS ALIMENTARON EN LAS PERSONAS DE VUESTROS POBRES. Colocadle á vuestra diestra. Oid benigno nuestras súplicas que humildemente os piden su eterno descanso.

A M E N.



1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926